

La Muerte Misteriosa

del

Presidente Harding

Narrada por May Dick-
son Tacker, con los
apuntes de Gaston
Means

- Traducción de J. R. Velasco M. -
- 1930 -

"Sin agravio o con él para
amigos o enemigos, describo su
vida tal cual es".

Byron.

Indice.

<u>Capítulo:</u>	<u>Página:</u>
Introducción- - - - -	V
I. La señora Harding emplea al señor Means para servicio secreto- - -	1
II. Jess Smith cita a Means a "la casa de la calle H" - - - - -	18
III. El cuartel general subterráneo de "la camarilla" - - - - -	24
IV. Por qué Daugherty hizo Presidente a Harding- - - - -	31
V. Jess Smith cuenta su historia a Means- - - - -	37
VI. La señora Harding informa a Means sobre Nan Britton- - - - -	45
VII. Means "encuentra" los diarios y cartas de Nan- - - - -	54
VIII. Una tempestad en la Casa Blanca - -	60
IX. Harding se ve obligado a firmar en la "línea punteada"- - - - -	71
X. Las investigaciones de Means relacionadas con el Presidente Harding- - - - -	80
XI. Nan llega a Washington... y a Harding- - - - -	87
XII. En el que se evita un encuentro embarazoso - - - - -	91
XIII. Means investiga la vida de Nan Britton- - - - -	94
XIV. La señora Harding se encara, con pruebas, al Presidente - - - - -	98
XV. El Presidente Harding despide a Means- - - - -	103
XVI. Jess Smith advierte el peligro a Means- - - - -	110
XVII. Jess Smith amenaza "decirlo todo" -	120
XVIII. Means cobra el "enjuague" del estado seco- - - - -	129
XIX. Daugherty y Fall, "Vendedores Maestros"- - - - -	134
XX. Jess Smith "se esfuma"- - - - -	139
XXI. Borrando las huellas- - - - -	148
XXII. La señora Harding descubre a Nan Britton en la Casa Blanca- - - -	152
XXIII. La señora Harding... "La Niña del Destino" - - - - -	161
XXIV. El viaje a Alaska... y el final - -	167
EPILOGO. Explicaciones y deducciones - - -	175
Apéndices - - - - -	183 y 215

Detalle de las Ilustraciones:

Página:

Gaston B. Means- - - - -
La carta del Hotel "Herald Square" - - - - -
Warren J. Harding- - - - -
Calle 16 No. 903, Washington, D. C.- - - - -
El Presidente y la señora Harding- - - - -
Smith, Cramer, King, Felder- - - - -

PROLOGO.

Conocí a Gaston B. Means en la Penitenciaría de Atlanta, cuando me encontraba haciendo un estudio del estado de las prisiones en el Sur. Le fuí presentada por el Capellán. Había oído trozos de su historia y estaba profundamente interesada por ella. Consideré en aquel momento, que él haría un verdadero servicio a su país si quisiera contar al mundo, sin rodeos, toda su historia.

Y lo hizo.

Su narración no es, en manera alguna, una crítica del sistema político americano. Al contrario, es una defensa del mismo. Revela claramente cómo un partido notable fué traicionado y cómo se defendió con una dignidad, calma y firmeza de propósito sin paralelo en la historia.

Fué, sin embargo, la historia del interés humano y no la de la política la que me impresionó más. Que el interés humano haya llegado hasta la Casa Blanca y envuelto al Presidente y a su esposa, es lo que la ha hecho más llamativa e interesante.

Mi punto de vista es el de la compasión por aquellos que tanto sufrieron.

El material de esta narración pertenece a Gaston B. Means. Yo simplemente he desarrollado los hechos, describiéndolos en el estilo adecuado.

May Dickson Tacker.

INTRODUCCION.

"¡Si Gaston Means hablara! "

Casi pronuncié estas palabras cuando mi persona de seis pies de altura y doscientas libras de peso traspasó la puerta exterior remachada de hierro, de la Penitenciaría Atlanta, cerca del mediodía del 19 de julio de 1928, al respirar por primera vez en tres años el aire puro, suave y fresco del mundo exterior.

Aun cuando yo soy efectivamente el malvado conocido por el nombre de Gaston Means, en persona, en aquel momento tuve la conciencia de considerarme objetivamente, como una personalidad independiente y distinta. Estaba bien consciente de que aquella marca de infamia que públicamente me fué impuesta, era el resultado directo de mi gran habilidad para disimular, infiltrada en mí desde mi niñez por medio de especial entrenamiento en una vida severa como investigador y detective.

Y ahora tenía qué reconocer nuevamente, como lo había estado imaginando por meses y meses en el reducido confín de las paredes de mi prisión, que yo, Gaston Means, era el único ser humano que tenía conocimiento preciso de peligrosas verdades relacionadas con muchos secretos sociales, políticos, financieros e internacionales.

Al traspasar aquel umbral dí mi último adiós a la numerosa guardia de la misma, quien diestramente hizo sonar suavemente el cierre de la chapa; y levanté la cabeza, aspirando la felicidad de una nueva vida de libertad. Entonces, repentina y vívidamente, pasaron por mi mente en sucesión trágica y rápida, una por una, las sombras en procesión de otras personas que habían conocido algunos de esos secretos. Entre ellos estaban C. F. Cramer, Jess Smith, Lawyer Thurston, John T. King, C. F. Hateley, Warren C. Harding, la señora Florence Kling Harding, el General Sawyer y por último.... ¡Tomás B. Felder!..., cuyas desapariciones fueron hechas relatar como supuestos suicidios o muertes repentinas.

¡Nada más quedaba yo.... yo, que sabía tantas cosas....!

¿Cuál sería mi suerte?

Comprendía que era un buen investigador (véase el Apéndice, con las notas que se citan por número en el texto), y mis más enconados enemigos lo habían reconocido. Sabía también que podía continuar callando.... ¡porque tenía que hacerlo! Gracias a mi habilidad para disimular, sabía que en numerosas ocasiones los más hábiles jueces no habían podido aclarar hechos que yo no quería revelar. ¿Tendría ahora el deber de decirlo todo... o estaría dispuesto a hacerlo, o me vería forzado a ello? ¿Sería en mi propia defensa? ¿Diré la verdadera historia íntima de la Administra-

ción Harding?

¿Y por qué habría de hacerlo?

De repente pensé si la muerte del Coronel T. B. Felder (presentada como suicidio o asesinato), me sería favorable o adversa. Si él viviera, yo sabía, como muchos otros lo sabían también, que él estaba a punto de revelar al mundo, perfectamente documentada, la historia de los múltiples escándalos de la época aludida por John W. Davis (2), el Candidato Demócrata a la Presidencia, en su discurso de aceptación, con la frase "aquellos años de triste recuerdo". La intención del Coronel Felder era hacerlo en defensa propia. ¿Debería yo valerme de su mismo medio proyectado, o debería seguir callando?

Pero ¿cómo podría yo saber que aquella era la intención del Coronel Felder?

El Coronel Felder podía contarme, del principio al fin, la historia completa de la Administración Harding. El había sido mi abogado en todas mis dificultades, y además fué íntimo amigo de Harry M. Daugherty, que en un tiempo fué el Abogado General de los Estados Unidos, e íntimo amigo de Jess Smith y de otros envueltos en las intrigas de Harding.

Durante mi reclusión fuí visitado varias veces por los amigos del Coronel Felder, incluso un ex-Gobernador y un Senador Americano. Además, de la penitenciaría se me había llevado a Nueva York varias veces para utilizarme, si en ello consentía, en relación con el enjuiciamiento de Harry M. Daugherty, ex-Abogado General de los Estados Unidos, y Tomás W. Miller, Encargado de los valores aliados durante la administración Harding.

Naturalmente, en estas visitas tuve oportunidad de discutir las situaciones y circunstancias con el Coronel Felder, que había sido mi abogado defensor y que había sido declarado convicto juntamente conmigo en el caso de la Glass Casket. El Coronel me había asegurado que si la Suprema Corte de los Estados Unidos se rehusaba a revisar su causa y a hacer desaparecer el estigma infamante de culpabilidad y la multa que se le habían impuesto, que automáticamente lo eliminaban de su profesión legal, estaba dispuesto a hacer saber al mundo la historia completa, con sus más ocultos detalles.

La Suprema Corte rechazó la revisión de su causa.

Cuando esto sucedió, el Coronel Felder comenzó inmediatamente a hacer los preparativos para su delación, y salió de Nueva York para el Sur.

Pero antes de dejar Nueva York en su viaje al Sur, ya me había comunicado sus intenciones. Me indicó que lo esperara en la Penitenciaría de Atlanta, para poner a su disposición los documentos y registros que yo tenía, que lo capa-

citaran para hacer las revelaciones que tenía proyectadas. Estaba en la firme creencia de que las mismas lo reivindicarían.

El Coronel Felder había ido antes a Dublín, donde había vivido anteriormente, a recoger los documentos y registros que allí tenía guardados. Luego pasó a Florida a entrevistar a algunas personas. De Florida vino a Savannah, Ga. Me había dado a entender que, bien fuera que yo estuviese dispuesto a trabajar con él en su exposición o no, y verificar sus declaraciones o nó con documentos que yo conservaba, estaba decidido a contar toda la trama a los americanos y apelar a su rectitud y amor a la justicia. Luego recibí un telegrama del Coronel Felder diciendo que venía camino de Atlanta a verme.

Desde que salió de Nueva York hasta su llegada a Savannah estuvo constantemente vigilado. Sus intenciones eran bien conocidas de aquellos que mayor perjuicio resentirían con sus revelaciones.

Se detuvo en Savannah, de acuerdo con su plan. Y antes de que la narración llegara a los periódicos, supe que él había muerto repentinamente.

Pronto salió en los diarios la historia de la muerte del Coronel Felder, copiada por los rotativos de Nueva York y Washington.

No se hizo la autopsia. Su muerte se debió, decían, a envenenamiento alcohólico. Se le había encontrado muerto precisamente cuando estaba a punto de salir de Savannah para Atlanta a visitarme en la penitenciaría.

Esto había sucedido dos años atrás.

La idea que se posesionó de mi mente en el instante en que principié a respirar el aire de libertad era nada menos que ésta: ¿Cuál será mi suerte? Yo era el único que sobrevivía y.....¡lo sabía todo!

¡Libre! con mi esposa a mi lado...una mujercita finita con gran corazón y mucho valor; a mi otro lado estaba mi hijo de diez años.

¡Sí, libre! Ya había pagado mi deuda; mi hoja estaba limpia. ¡Cielos! caro me había costado, pero ya nadie me podría molestar. Sin embargo... recordé con sobresalto las palabras de advertencia de Snook, el Alcaide, todavía dentro de la prisión, dichas al despedirme: "Cuidado, Gastón! No olvide que sería fácil, legal y técnicamente, que la señora Willebrandt o alguna otra persona influyente, reviviera esas denuncias pendientes. No se ha llegado a hacer..... pero podría hacerse ¡No lo olvide!"

...¿Y si hablara Gaston Means?

Sabía que esta misma pregunta ha estado durante años en el pensamiento del mundo. Una y otra vez se me han acercado editores, publicistas y reporteros. Sabía también.... que muchos individuos, poseedores de nuevas y grandes fortunas, habían pasado largas e interminables noches de desasosiego con el temor de que Gaston Means cantara.... El mismo Washington oficial, durante la Administración Harding, se inquietaba y palidecía ante esa posibilidad; pero después.... descansó con la consoladora noticia de que Gaston Means estaba en una prisión Federal. Gaston Means no podría hablar ya; las grises y húmedas paredes de la bastilla de Atlanta guardarían su forzado mutismo.

Recordé cuán sensacionales procesos de altos funcionarios se habían iniciado, y desarrollado, y terminado. Cómo habían producido morbosa distracción y cínica diversión a los habitantes de dos o tres grandes naciones. Y.... Gaston Means aún seguía callando en la prisión....

¡Bueno! El tiempo tiene su manera de correr y la VERDAD su modo de salir a luz. Podrá abrirse una fosa y enterrarla muy profunda... pero las leyes inexorables de la vida y de Dios no la dejarán ahí escondida.

Entre mi esposa y mi hijo bajé las largas gradas de granito. Los llevé a un auto que esperaba, enviado por un amigo; subí a otro carro con un guía comisionado, quien me llevó al despacho del Apoderado, donde firmé los documentos que finalmente me dieron mi libertad. Entonces corrí al hotel donde vivían mi esposa y mi hijo.

Me esperaban en la puerta de sus habitaciones. ¡Mi esposa! ¡Mi hijo! Almas leales que nunca habían dudado ni titubeado. ¿Cómo podría nunca recompensarlas? ¡No tenía otro ideal ni pensamiento que vivir para ellos, y solamente para ellos! Después de todo.... ¡cuán sencilla es la vida cuando se la reduce a una ecuación y se eliminan las complicaciones! Este efecto produjeron en mí aquellos años de cautiverio.

Pero al fin estaba libre. Ni un día de gracia se me había concedido. Aunque mi registro era modelo y el Comité de Gracia había hecho recomendación en mi favor, el Departamento de Justicia en Washington no la apoyó. Habían exigido hasta el último adarme de mi pago; me habían hecho llegar hasta el último segundo de reclusión.

¿Y qué hacer ahora?

No tenía dinero; aunque habían pasado muchos millones por mis manos, había ido a la prisión en la miseria. Mi esposa se había estado ganando una pobre subsistencia para ella y mi hijo, en esos tres años, como maestra de escuela en Concord, North Carolina.

Tenía el check que Warden me dió: ¡\$15.00! Quince dólares, como compensación liberal que por esos tres años de vida me daba el gobierno.... ¡quince dólares!

.....

Constantemente ha vivido en mi mente la idea eterna: "¿Debo decir al mundo todo lo que sé?" Muchas personas, mi esposa inclusive, me alientan para hacerlo, no como una petición de pública conmiseración... ¡lejos de eso!; no como una reivindicación personal, pues por lo que a ello respecta, yo sabía que había infringido la ley y se me había castigado; sino por un positivo e imprescindible deber.

No soy escritor, ni conozco a los editores. Soy y siempre he sido un investigador imparcial. Pero conocí una mujer en Nueva York, que era escritora. Fuí allá y la visité en su casa de Riverside Drive.

Discutimos sobre la relación de mis memorias. Me presentó a un editor y debido a la insistencia de ellos, antes de las 24 horas se habían celebrado arreglos para la publicación de mi libro de apuntes. Se decidió que ella sería la narración de lo que sé sobre muchas de las intrigas políticas y sociales que culminaron en la muerte misteriosa del Presidente Harding.

Durante la administración Harding, yo era Investigador, asociado con William J. Burns, Jefe de la Oficina de Investigación del Departamento de Justicia. También me utilizaba la señora Harding para investigaciones personales, en cuyas manos estuvo oficialmente, mejor que en las de ninguna otra persona, la historia confidencial completa de la Casa Blanca durante aquellos años.

Mucho se ha escrito sobre la Administración Harding. Pero ni siquiera la mitad de la verdad se ha llegado a decir. Mientras más grande y distinguida es la persona, es mayor el aliciente para calumniarla; este podría haber sido el caso con el Presidente Harding. Mi objeto es poner todos los hechos a la vista del público y pedir a los americanos que sean a la vez Jueces y Jurados.

El velo que el romanticismo popular corrió sobre la tragedia y el luto de una nación a la hora de la muerte del Presidente no será destrozado por el ojo candente de una imaginación calenturienta, sino por los duros detalles de la realidad.

Conociendo también el hecho de que se me considera como un redomado embustero, (es difícil para una inteligencia acusadora, distinguir entre el disimulo cultivado y la mentira), un intrigante muy hábil, un impostor de primera, expliqué enfáticamente a los editores que no esperaba que se me creyera sobre mi palabra, sino que podría confirmar cada hecho y cada incidente de mi narración, con documentos fehacientes e indiscutibles. Les dije que toda mi documentación y

papeles están en la bóveda de un almacén en Washington, perfectamente asegurados y a cubierto. Tengo ahí 16 petacas y 9 cajas de empaque, llenas de documentos. Hay que recordar que yo controlaba el trabajo del Servicio Secreto antes de nuestra entrada a la Guerra Mundial y estuve íntimamente asociado con el Capitán Boy-Ed. También había trabajado con los Gobiernos Inglés, Mexicano y Americano, y con personajes como J. P. Morgan, H. C. Frick, y otros líderes de la vida comercial y política, por mis relaciones con William J. Burns. Por la misma índole especial de mi trabajo, vine en contacto con los principales directores políticos y comerciales de nuestro país.

¡Y así es como ahora pasa que Gaston Means va a decirlo todo!

Dije, además, a los editores: "Nunca voy contra las mujeres ni los niños. Jamás haría algo que perjudicara a una mujer o a un niño. Tampoco degradaría a una mujer ni calumniaría a un inocente. Si Nan Britton no hubiera contado ya su historia, me callaría para siempre; pero lo que ahora tengo qué decir no puede perjudicar de ninguna manera a Nan Britton ni a su hija".

.....

¡Gaston Means va a hacer revelaciones!

Al desarrollarse esta historia es necesario dejar a un lado las fuentes civilizadas del siglo y remontarse hasta los siglos XVI y XVII y a los días medicevales del reinado de los Borgias.

La médula de todo, el intrincado misterio trágico vital de toda la Administración Harding nunca se ha dicho, ni siquiera vagamente. Ha sido mutilado y deformado y enterrado entre una avalancha de mentiras y exageraciones. Es en realidad, un cordón sanguinolento... un hilo escarlata que une y junta toda la tela, produciendo un fantástico y dramático efecto de trenzado en que el hilo se cruza y se enreda... políticos, banqueros, capitalistas, industriales, figuras prominentes y valiosas del buen mundo y del bajo fango.... altos funcionarios, miembros del Gabinete y hasta un ex-Presidente de la Casa Blanca!.. Un cordón escarlata, tinto en la sangre caliente de una mujer con el corazón destrozado, que antes fuera nuestra Primera Dama de la Nación.

Tomaré el hilo escarlata y desenredaré sus nudos y vueltas para que el mundo entero lo vea.

Esta crónica no va a ser una historia piadosa. Será una etapa de la vida americana, de algunos hombres y mujeres muy prominentes y a la vez muy humanos, a una edad también muy humana, hipócritas, codiciosos, ambiciosos, corrompidos, lujuriosos; etapa que ha enrojecido con la sangre de las naciones y palidecido con las pasiones caldeadas al rojo blanco; etapa de color subido, de dulces halagos y glacial acero, de movimientos rápidos de locura fugaz, de grandes

ambiciones, de luces deslumbrantes e impenetrable obscuridad, de confianzas traicionadas y de las mayores bajasas.... de contrastes sorprendentes, desesperadas conspiraciones y enigmáticos asesinatos.

Será, en fin, un conjunto de verdades y de hechos.

La trágica "Casita del Misterio" en la calle H, junto al antiguo Hotel Shoreham, que adquirió fama e infamia durante la administración Harding, y la "Casita Verde" en la calle K, se convertirán en insignificantes incidentes comparadas con la No. 903 de la calle 16 Noroeste, donde se me proveyó de mi "hogar".

---:---

Herald Square Hotel

New York

15 de agosto de 1928

Muy estimada señora Thacker:

Creo que usted está de acuerdo conmigo en que mi objetivo constante y mi intención han sido mostrarle pruebas escritas concluyentes corroborando cualquiera y todos los informes que le he proporcionado.

No es mi deseo que usted, como autora, publique en alguna vez declaraciones mías que no pueda yo apoyar con pruebas indisputables, con documentos que por sí mismos muestren la verdad; o que usted no pueda comprobar personalmente, convenciéndose de que mis declaraciones describen siempre la realidad de lo que pasó en los asuntos a que me refiero.

Por lo mismo, si usted se sirve revisar los documentos que le presento y hacer las investigaciones necesarias para verificar cualquiera de mis aseveraciones (lo cual insisto en que haga usted), yo asumiré toda la responsabilidad de tales declaraciones.

También insisto en que usted muestre a los editores los documentos probatorios de todos mis informes y de los que de tiempo en tiempo le suministre.

Sinceramente,

(Firmado): Gaston B. Means

La Muerte Misteriosa
del Presidente Harding.

CAPITULO I.

La señora Harding emplea a Means para servicio secreto.

"La señora Harding desea que yo vaya a la Casa Blanca"... Esta idea revoloteó en mi mente todo el rato que estuve despachando mi trabajo ordinario en mi escritorio del Departamento de Justicia, después del lunch de la una, a fines de octubre de 1921.

Firmemente abotonada dentro de un bolsillo secreto de mi saco, estaba una nota que me había sido entregada a las once de la mañana. Poco después de las diez había llamado mi teléfono, habiéndoseme dicho que el secretario particular de una prominente persona en Washington, el señor Edward B. McLean, cuya esposa era amiga predilecta de la señora Harding, tenía una carta para mí. ¿Podría yo venir luego al recibidor del hotel Shoreham? Yo no le conocía pero él me aseguró que me reconocería.

Cerré con llave mi escritorio y fui al Hotel Shoreham. Al entrar al vestíbulo, salió a mi encuentro un joven como de treinta años, de fisonomía franca e irreprochable vestir. Simplemente dijo:

-- Señor Means.

No era pregunta sino afirmación, pues me conocía. Luego sacó de la bolsa un sobre rotulado y me lo entregó diciendo: "Tengo instrucciones de entregarle ésto".

Yo le contesté: "Gracias".

No hablamos más. De una ojeada ví que era el papel social de la Casa Blanca. En la esquina superior izquierda tenía grabado "La Casa Blanca". En la inferior izquierda se veía escrito: "Estrictamente personal y Confidencial"; reconocí la letra de la señora Harding.

Guardé la carta en el bolsillo y volví a mi escritorio del Departamento de Justicia. Terminé el trabajo que exigía atención inmediata. No abrí la carta sino hasta que encontré un lugar solitario, libre de interrupciones, donde podría estar enteramente solo, a la hora del lunch. En la nota me daba las gracias por lo que la había ayudado y me rogaba que fuera luego a la Casa Blanca, pues deseaba hablar conmigo.

El recado prácticamente me citaba a la Casa Blanca a ver a la señora Harding. Hacía algunas semanas la señora Harding me había confiado una investigación de carácter especial; y para refrescar mi memoria sobre el tiempo transcurrido, saqué mi diario del bolsillo.

Siempre he llevado mi diario. Es un registro exacto de mis días y noches. Formaba parte de una severa disciplina que como investigador me impuse. Este diario ha sido siempre un valioso auxiliar; pues si quiero saber, por ejemplo, dónde estaba y qué hacía el 15 de julio de 1917, lo único que tengo que hacer es ver mi diario y ahí encuentro una relación detallada de todas las horas de aquel día.

Ojeando sus páginas ví que hacía tres semanas dos días desde que la señora Harding me había dado aquella comisión. Las cosas habían pasado así:

William J. Burns, Jefe de la Oficina de Investigación del Departamento de Justicia, me mandó llamar a su oficina (5). Mi escritorio estaba en el primer piso, mientras que el suyo se encontraba en el séptimo. El señor Burns salió a recibirme a un despacho contiguo, cuando llegué. Enseguida me explicó:

"Gaston, tengo un visitante importante en mi oficina"; me explicó que era el General Sawyer, con una misión especial de la señora Harding. Parece que ella era muy crédula con las adivinas, las agoreras, astrólogos, etc. Tales rumores ya me habían llegado, como a todo el mundo en Washington. Cuando Harding era Senador, su esposa había ido con las de otros cuatro Senadores a consultar a cierta famosa adivina, la señora X. Esta profetisa les dijo que uno de sus esposos llegaría a Presidente; los periódicos dieron publicidad a este incidente.

Siendo ya Presidente el señor Harding, la señora había ido dos veces a la casa de la Señora X. Según todas las apariencias, iba a que le dijera su suerte. La señora Harding creía a pie juntillas (así se rumoraba) en el poder sobrenatural de clarividencia y adivinación de esta mujer. Cuando el Presidente supo de estas visitas, por un comentario de un reportero, pues estaban siendo publicadas, las suspendió inmediatamente.

En ese tiempo salió un artículo en uno de los diarios de Washington, relatando la historia de aquellas mágicas artes, y el punto principal se basaba en que la señora Harding era su entusiasta partidaria. Daba a entender que la señora Harding creía sinceramente que el Presidente no podría dirigir sabiamente la nación sin la ayuda de esta adivina.

Yo había oído ya estas noticias y por lo tanto no me sorprendió lo que el señor Burns me dijo. Parece que cuando ya no pudo la señora Harding seguir yendo a la casa de la adivina, ni hacer que ésta viniera a la Casa Blanca, concibió la idea de escribir las preguntas sobre las cuales quería informes y se las mandaba por conducto de una íntima amiga que había venido con ella a Washington, la señora Whiteley. (#)

(#) En este caso, como en algunos otros de personajes secundarios, los nombres verdaderos han sido substituídos con nombres supuestos.

17
Escribía tales preguntas en forma de cuestionario; la señora Whiteley lo llevaba a Madame X, ésta lo retenía varios días, soñaba sus temas y después los recogía la señora Whiteley con sus respuestas, para entregarlas a la señora Harding, quien escribía entonces más preguntas.

Yo nunca había visto a la señora Whiteley, pero por su fama sabía que era baja de estatura, morena, siempre bien y atractivamente ataviada: en resumen, una persona seductora. Me dijo el señor Burns que la señora Harding la trataba a veces como nodriza, a veces como dama de compañía y en alguna ocasión la oí mencionar como sirvienta.

La serie de cuestionarios estuvo yendo y viniendo, por conducto de la señora Whiteley, durante algún tiempo. Muchas de esas preguntas eran sobre asuntos de Estado: de varias entrevistas, de lo que haría el Congreso o cómo manejaría el Senado determinadas notas importantes; de entrevistas jurídicas y diplomáticas y otras audiencias de jefes y diplomáticos..... pero también había muchas preguntas de carácter más íntimo, acerca del Presidente.

El señor Burns me dijo que la agorera, en su entusiasmo, había tratado de entrar a la Casa Blanca, habiéndolo sabido el Presidente, quien se contrarió tan fuertemente, y lo hizo comprender a la señora Harding en forma tal, que ella se atemorizó pensando en la serie de preguntas de su puño y letra, con las respuestas de letra de la adivina, que estaban en poder de la señora Whiteley. Cuando las pidió a ésta, le explicó que las había destruido; lo cual no satisfizo a la señora Harding, quien mandó al General Sawyer a consultar al señor Burns. Este me relató brevemente el caso, de pie, en el despacho exterior; me indicó que el asunto no debía ser conocido de nadie más en el mundo que él, yo, el General Sawyer y la señora Harding. "Yo lo presentaré al General Sawyer" concluyó, cuando entramos al despacho interior.

Ví, sentado, un hombrecito de gran temperamento; muy limpio y brillante,... cara reluciente, calzado y lentes brillantes, botones relucientes en su apuesto uniforme, dientes artificiales también brillantes.... todo brillante. De una ojeada lo catalogué, según mi profesión, como un consumado egoísta.

Habló entonces el señor Burns. "General Sawyer, he aquí al señor Gaston Means. Puedo asegurarle que cualquier asunto que trate usted con él a favor de la señora Harding será manejado en debida forma. Para que ustedes puedan apreciar si hay algún punto obscuro, en vez de seguir escuchando la narración, deseo que usted la haga solamente a Gastón. El le dirá si puede hacerse lo que usted desea. Lo dedicaré a él a manejar el asunto en persona".

Nos dejó solos el señor Burns, y el General Sawyer principió:

-- Soy enviado de la señora Harding....y me repitió lo que ya había oído de labios del señor Burns, insistiendo en

la positiva urgencia de que se recuperaran aquellos papeles de tal importancia, con la escritura de la señora Harding y las respuestas de puño y letra de Madame X. Todas las preguntas habían sido contestadas, excepto la última serie, que estaba pendiente. Terminó preguntándome: "¿Cree usted posible recuperar esos documentos?"

-- ¿Sabe usted la dirección de la señora Whiteley? inquirí.

-- Puedo conseguírsela, si no la tiene, fué su respuesta.

-- ¿Podría también conseguir la dirección de la adivina?

Esta me la dió luego.

La próxima observación del General Sawyer me dió el primer indicio importante:

-- La señora Whiteley dice que los papeles fueron destruidos. Haga usted lo que haga, no perjudique a Madame X; es una mujer peligrosa; tiene un poder increíble. Yo la he consultado muchas veces y... es capaz de hechizar a cualquiera. Por ningún motivo la provoque. Ella no tiene esos papeles, de manera que si no han sido destruidos, están en manos de la señora Whiteley".

Luego entré en una prolongada disertación científica sobre las pitonisas y sobre esta maravillosa Señora X que podría hechizar a cualquiera. Hablé de su admirable poder de penetrar en la mente subconsciente... sus dotes de clarividencia...

Le pregunté si él creía en agoreras y adivinatoras de la suerte. Me replicó con gran calor en sentido afirmativo: "Hay mucho de cierto. Es un campo aún inexplorado. A medida que la Ciencia progrese, podremos ver que este poder sobrenatural es un eslabón entre el hombre y Dios. Son dones directos de Dios".

Habló con condescendiente paciencia sobre lo que quería enseñarme y yo traté de aparecer inteligente; y después de haber él elogiado nuevamente a la adivina y reiterado su completa fé en ella, volví a un punto importante: La dirección de la señora Whiteley. Ofreció enviármela secretamente, en una tarjeta sin nombre. Le dí la dirección de mi casa. Luego recogió su capa militar, guantes, bastón y papeles, con movimientos de resorte, como si fuera un muñeco de alambre y salió.

-- ¿Es un coco este hombre? observé al señor Burns, quien sonrió al contestarme: -- Tenemos qué tratar con toda clase de personas.

Habiendo quedado yo oficialmente asignado a la señora Harding por el señor Burns, comencé mis investigaciones. Dicté una breve nota para el general Sawyer, recomendándole dijera a la señora Harding que arreglara el punto diplomáticamente; que se privara de los servicios de la señora Whiteley hasta nuevo aviso. Esta vivía con su esposo en un apartamento de la ciudad; yo no quería que mis agentes la vigilaran en la Casa Blanca, pues no era deseable que anduvieran por ahí.

Utilicé ocho hombres "sombras" para esta vigilancia; estos agentes son de un tipo preciso, de corta estatura y de personalidad neutral, difícil de describirse; gentes que en ninguna parte llamarían la atención. No eran investigadores notables, pero eran los mejores hombres "sombras" del Departamento de Justicia. Con su silencioso trabajo habían sido factores para terminar con éxito un gran número de juicios de interés para el gobierno americano.

Llamé a mi despacho a uno de aquellos ocho, que yo sabía era el más experimentado, y le dí mis instrucciones: Yo quería ver ante todo, a la señora Whiteley en persona, pero se la describí con detalles tan precisos como los que me dió el General Sawyer. Le dí la dirección de la casa para que cuando viera entrar a su departamento una mujer de ese tipo supiera que era la señora Whiteley.

Quise que dos hombres, por turnos de ocho horas, día y noche, tuvieran en constancia vigilancia a ella y a su casa y supieran cuanto hiciera y a donde fuera. Los dos extras los dejé para emergencias, es decir, para seguir a cualquiera otro que por la conducta de la señora Whiteley pudiera resultar amigo íntimo de ella. Les dí suficiente dinero para tomar autos o cualquier otro medio de transporte que ella utilizara, con amplias órdenes de tenerme al corriente por teléfono, aparte de sus informes oficiales diarios, que siempre eran por escrito.

En un día o dos resultó que ella visitaba con frecuencia la oficina de los Veteranos, al frente de la cual estaba el Coronel Forbes; pero luego aclaré que iba....¡al despacho del general Sawyer!, que estaba en el mismo edificio; esto me pareció muy raro.

Casi cada hora me informaban mis hombres; decían, por ejemplo, "ya la acostamos y apagamos la luz", o "la llevamos al lunch a Childs, sola", o "la llevamos al lunch a Huyler's con una amiga", o "fuimos de compras por la despensa", o "estamos tomando coca-cola en la botica de la esquina", etc.

Sabiendo que ella iba al despacho de los Veteranos, dediqué un hombre extra para que hablara con ella al entrar, a fin de poder verla y observarla. Esperé por ahí a la hora en que podría llegar, junto a una ventana, leyendo el periódico intencionalmente. Al acercarse ella, me hizo él la señal; luego, con un pretexto, trabó conversación con ella.

Pude apreciar luego que era una mujer especialmente atractiva. Tenía un cuerpecito flexible, iba bien y elegantemente ataviada; le calculé 38 años de edad; pero su mayor atractivo estaba en los ojos... fascinadores, incitantes, anhelantes de aventuras. Tenía toda la apariencia de una jugadora, no de baraja sobre la mesa de pókar, sino cuyo juego es cautivar astutamente a los hombres.

Esa noche dí orden de acoplar los alambres de su teléfono.

Dos días después uno de mis hombres comunicó haber llamado a su puerta, disfrazado de vendedor: que la dama había abierto en persona la puerta y sonriendo había declinado interesarse por lo que él vendiera; pero él corroboró que ella vivía en el departamento de cinco habitaciones de costumbre, muchísimo mejor amueblado de lo que podría permitirle el sueldo y la posición de su esposo. Y... lo más importante de todo, por una puerta que comunicaba con otro cuarto, había alcanzado a ver una criada NEGRA y joven, con escoba y recogedor. Este sólo hecho era de más importancia en el asunto, que todo el laborioso sistema de espionaje con que la había rodeado.

Inmediatamente quité mis hombres "sombras" y pedí a Nueva York un muchacho investigador negro. Naturalmente, de cuando en cuando me comunicaba con el General Sawyer, y él parecía encantado de saber que estábamos vigilando a la señora Whiteley; y cada rato, diariamente, me telefonaba para preguntarme dónde y qué estaba haciendo ella; en aquel entonces no podía yo comprender el por qué de sus preguntas.

Mi investigador negro llegó pronto de Nueva York, y vino a mi oficina. Era un mulato de limpia apariencia; se llamaba Harry Peoples.

-- Tengo un buen trabajito para tí, le dije; creo que te gustará. Todo lo que quiero es que te hagas amigo de cierta negrita y la enamores....

El se rió. ¿Lo de siempre? preguntó.

-- Lo de siempre, pero escucha; este asunto es importante y debe arreglarse pronto y bien.

Era un muchacho inteligente y, después de darle cien dólares se fué a trabajar. A las 48 horas estaba ya en mi oficina con la noticia: -- ¡Ya somos amigos!

-- ¿Cómo?

-- La seguí el domingo, a la escuela dominical y entré al mismo servicio.

-- Bien; ahora escucha. Hazte de confianza tan rápidamente como sea posible; entra al departamento; investiga si la señora Whiteley tiene algún mueble o escritorio o cajón, o algo que guarde cuidadosamente cerrado con llave.

-- Muy bien. ¿Quiere una llave del departamento?

-- Lo más pronto posible.

Dos días más y volvió con una llave. Se la había sacado a la muchacha cuando estaban en un baile...por el tiempo necesario para hacer un duplicado. También indicó que ella (la señora Whiteley), tenía un escritorio cuidadosamente cerrado con llave.

Afortunadamente para nosotros, por ese tiempo y con sólo unos días de diferencia, la señora Whiteley y su doncella fueron a hacer una corta visita a Baltimore. Yo sabía que el negocio del señor Whiteley lo retenía fuera de casa todo el día.

Peoples y yo entramos al apartamento. Me mostró el escritorio cerrado, que era antiguo, modelo secretario, y estaba en una esquina de la pieza.

-- ¿Va a romper la chapa? me preguntó.

-- ¡Nunca rompas una chapa, muchacho, si es humanamente posible evitarlo! fué mi respuesta.

Hicimos en parafina la impresión del hueco de la chapa, salimos, nos hicieron una llave y a las dos horas estábamos de regreso.

Abrimos el escritorio. Encontramos muchos papeles sueltos, pero no los que buscábamos. Sin embargo, acomodada en una esquina del fondo ví una caja; metí el brazo y la saqué. Era una caja de banco, de metal negro...cerrado con llave. Tenía como doce pulgadas de largo y ocho de ancho. Como no teníamos la llave, la llevé al Departamento de Justicia y mandé a Harry a que de las marcas en parafina le hicieran una. Volvió con ella y abrimos la caja. La coloqué en el centro del escritorio en mi despacho y me asomé a ella ansiosamente...al parecer, estaba llena de papeles sueltos; levanté un bloque muy compacto de papeles doblados y los desdoblé al acaso...y en un instante comprendí que había encontrado exactamente lo que buscaba! Ahí estaba el largo interrogatorio... las preguntas con una forma de letra y las respuestas con la otra.

-- Ya tengo lo que buscaba, Enrique, le dije. Puedes irte ahora y volver mañana.

Sólo ya, me senté a mi escritorio y estuve ojeando las preguntas. ¡Por Dios! murmuré casi conteniendo la respiración. ¡Con razón tenía tanta ansia la señora Harding de recuperar estas preguntas! ¡Qué preguntas y qué respuestas! ¡Qué pasaría si alguna vez se publicaran? Ni siquiera me atreví a pensarlo. ¡Devían volver a ella inmediatamente!

Luego saqué de la caja otro paquete de cartas. ¿Cartas para la señora Whiteley? ¿Qué podrían ser estas curiosidades? Abrí una y medio suspiré al leer la amorosa salutación; luego volví las hojas para ver la firma, y.....

¡Cáspita! ¡cartas del General Sawyer! exclamé en voz alta, de sorpresa y sobresalto. Leí algunas de ellas y el objetivo principal de esta investigación especial cambió por completo...

En toda mi loca carrera de aparatosas aventuras siempre tuve un respeto instintivo por la santidad del hogar. Y cualesquiera que fueran mi opinión personal y mis prejuicios en este sentido, supe bien que debería ponerse coto a la conducta de la señora Whiteley con el General Sawyer en la Casa Blanca, que aquellas cartas delataban. Bien sabía qué pensaría de aquello el público americano. Y sin embargo, a juzgar por lo que yo sabía, el señor Whiteley era un hombre decente y honrado.

No era el cuestionario de la señora Harding, a pesar de la importancia que seguramente tenía para ella y que la señora Whiteley había robado y escondido para sus propios fines, lo principal ahora; ni tampoco proteger al Presidente Harding de la publicidad relativa a la adivina, lo que me preocupaba ya en ese momento... sino hacer cesar la vergonzosa conducta de la señora Whiteley con el General Sawyer. Entonces comprendí por qué el general me había mentido al decirme que no conocía el domicilio de ella; por cierto que fué un embuste necio e inútil.

Pronto tomé una resolución.

Hice un paquete con todo el contenido de la caja y lo mandé por correo certificado a la señora Harding, marcado "Personal y Confidencial, de Gastón Means". Además, adjunté una carta para la señora Harding, diciéndole que aun cuando sentía satisfacción al devolverle aquellos documentos, realmente no me había interesado tanto el asunto de la agorera, que consideraba insignificante comparado con otro punto que aquella investigación había aclarado: las cartas del General Sawyer a la señora Whiteley; que estaba seguro de que para ella, la señora Harding y para toda la nación americana, sería de la mayor importancia evitar que la Casa Blanca, el corazón de la nación, fuera profanada en la forma que las cartas lo delataban.

Fué después su respuesta a mi carta la que me llamó a la Casa Blanca a hablar con ella. En el curso de las investigaciones, varias veces la entrevisté; pero esa tarde me sentía en un estado de ánimo muy distinto; que no sabría explicar. Si hubiera podido adivinar las enormes complicaciones que esa entrevista iba a acarrear.... tal vez me lo habría explicado... y tal vez ni siquiera hubiera ido. Porque el desastroso resultado que esa entrevista debería tener en mi destino futuro culminó fatalmente en arrancar de mi vida treinta y ocho largos meses, en una Penitenciaría de Atlanta... Sin embargo, en un momento me encontré cerrando mi escritorio y partiendo para Washington.

II.

La señora Harding pareció muy satisfecha de mi actitud en el caso Whiteley, y cada vez que la entrevistaba para rendirle mi informe, me iniciaba que pronto me encomendaría algunas investigaciones muy importantes.

Al mismo tiempo, con su gran perspicacia para descubrir intrigas de todas clases y su naturaleza de por sí desconfiada, me había probado ya, sin duda a su entera satisfacción.

Tenía el "Washington Post" un reportero a quien ella conocía muy bien, y a quien le sugirió la posibilidad de obtener de mí algunas declaraciones interesantes sobre asuntos sociales si él era lo suficiente hábil para hacerme hablar. Supuso ella, quizá, que podría yo vanagloriarme de ser entrevistado por un reportero de sociedad.

Vino a mi oficina, amable, sonriente, insinuante.

-- ¿Qué desea? le pregunté.

-- Solamente hacerle unas preguntas...sociales. Soy del Post...

-- ¿Del Post? interrumpí, pues esa mañana estaba muy ocupado; escriba sus preguntas y tráigamelas.

Se sentó y llenó de preguntas una hoja de oficio. Les dí una ojeada, doblé la hoja y la guardé en el bolsillo diciendo:

-- ¡Vuelva a verme mañana!

Las preguntas se referían principalmente a temas sociales de la Casa Blanca y de la casa de la señora Boyd, una de las mejores amigas de la señora Harding.

Llevé la lista de preguntas a la señora Harding y le pedí instrucciones. Al poco tiempo me platicó que el reportero le había dicho que "nadie era capaz de hacerme cantar"...y entonces comprendí su pequeña estratagema.

III.

Era un sombrío y helado día de octubre. Mi reloj marcaba las 3.15. Toda la noche y hasta la madrugada había estado lloviendo; aún brillaban las gotas de rocío en el húmedo follaje de los árboles, setos y malezas. La lluvia había acumulado una amplia cosecha de hojas secas. Volaban casi arrastrándose sobre el suelo, como buscando abrigo.

Recorrí la corta distancia que separa el Departamento de Justicia, de la Casa Blanca. No entré por la puerta principal, sino dí vuelta a la esquina y caminé por la ca-

llecilla curva para autos que va a la entrada oriente de las habitaciones presidenciales.

Observé que los jardineros, a pesar de la humedad que aún goteaba, habían comenzado ya a limpiar de hojas secas el césped de la Casa Blanca, vaciándolas en carritos.

Se respiraba un hálito de muerte ese día, pero era la muerte el presagio de nueva vida. Siempre ha sido lo mismo; todo debe morir... antes de vivir otra vez. ¡Qué ciclo interminable el de la vida! murmuré; un ciclo eterno, seguro, inexorable.

Me bajé a recoger una hoja de arce plateada; estaba seca de vieja, tenía los bordes corrugados y estrellados. Su superficie era dura y ajada, con un escaso brillo rojizo, dorado y ambarino... como la cara de una anciana pintada!... contrariado, la arrojé al suelo.

Una ardillita saltó de un seto y se escurrió por el suelo frente a mí, llevando en sus manitas levantadas un poco de su comida invernal. Una bandada de pájaros emergió de la copa de un tupido mirto que bordeaba el sendero, quizá con las alas listas para un largo vuelo al sur, hacia el clima tibio y hacia la luz del sol...

Las filas de cedro que rodeaban el edificio mismo, marchitas ya por la escarcha aún en sus lugares cubiertos, se inclinaban débiles e impotentes, colgando tristemente hacia adelante, como impacientes por caer definitivamente.

Sentí un calosfrío en aquella atmósfera cruda y fría, al entrar a la Casa Blanca por su puerta oriente. Se me guió rápidamente a través del ovillo de angostos corredores hasta el segundo piso, a la puerta del departamento privado de la señora Harding. Al seguir silenciosamente a mi guía iba pensando para mis adentros: "Este es el hogar del Presidente de los Estados Unidos; realmente, no es más sagrado para él que para mí mi casita, y con seguridad que eran millones de personas las que pensaban como yo. El hombre siempre ha consagrado la santidad del hogar. ¿Acaso no hemos visto cuadros del primitivo salvaje, a la puerta de su cueva, con un grueso y nudoso garrote, listo para defender la santidad de su hogar? La civilización no se ha apartado de este principio fundamental de la vida... ni se apartará jamás.

Apenas había tocado a la puerta cuando la abrió en persona la señora Harding.

IV.

-- Es usted rápido, señor Means, fué su saludo al entrar.

-- Es parte de mi profesión, asentí.

La señora Harding estaba de pie, erguida y tiesa, la ca-

beza y la barba muy levantadas. Vestía de seda ligera, floreada de gris y espliego. Su pelo arreglado con deliberado aliño; cada cabello exactamente en su lugar. Sobre sus hombros caía una cascada de seda transparente; rodeaba su cuello una cinta de terciopelo negro.

-- La plática de esta tarde será bien desagradable, ¿o no? preguntó con vivacidad al instalarse cómodamente en un diván y acomodar un cojín a su espalda.

-- Confío en que será más productiva que desagradable, contesté sentándome al lado opuesto en una silla alta.

-- Antes que todo, le agradezco su maravilloso trabajo. Considero casi un milagro que haya usted podido recuperar mis papeles. Descanso en la señora X más que en nadie en el mundo, pues usted vé que por este medio puedo ayudar a mi esposo.

-- Difícilmente lo entiendo, contesté sonriente.

-- El Presidente Harding (Warren), no vé los defectos de sus amigos. Todos lo saben. Yo soy la que tiene que estar siempre alerta para cuidarlo y protegerlo, y no lo conseguiría nunca sin la señora X. Usted podrá no entenderlo pero es la verdad.

-- ¿Usted cree sinceramente en la señora X? le pregunté con algo de ironía.

-- ¡En absoluto! Y... ella me ha dicho que soy "La Niña del Destino".

La fisonomía de la señora Harding nunca variaba, pero las manos indicaban su estado nervioso. En aquel momento, a cada instante las juntaba, cruzando los ocho dedos, y las separaba.

-- Bueno... ¿y la señora Whiteley? No necesito decirle que las cartas del General Sawyer para ella me han producido una impresión terrible. ¡Difícilmente creía lo que estaba viendo con mis propios ojos! Y como usted dice, es un asunto de gran importancia.

Calló un instante y de repente cambió de asunto preguntándome:

-- ¿Tiene usted qué rendir siempre sus informes al señor Burns?

-- Siempre, a menos que reciba órdenes distintas. Es mi inmediato superior.

-- Y si alguna vez le encomendara algún asunto enteramente confidencial, por ejemplo una investigación, ¿tendría usted qué comunicarla al señor Burns? Yo lo retribuiría.

-- No tendría que hacerlo, si consigo su autorización para ello.

-- Pero... yo quisiera que el señor Burns no supiera nada de ello. Mi esposo tiene preocupaciones que el mundo desconoce...y que debe desconocer. Hay fuerzas diabólicas que trabajan contra él y acabarán con él, si yo no lo impido.

Estaba excitada y hablaba acaloradamente.

-- Estoy seguro de que eso podría arreglarse, afirmé.

Comenzaba a sentir curiosidad sobre las investigaciones a que ella podría referirse. ¿"Fuerzas" luchando por destruir al Presidente?"

Con la misma rapidez volvió ella al asunto anterior.

-- Usted comprende, señor Means, qué difícil me es entender a gente que se porta como la señora Whiteley y el General Sawyer, pues mi vida de casada ha sido tan perfecta que.... realmente no lo entiendo.

-- ¿Sí?

-- ¡Tengo treinta años de casada! ¿Lo creería usted?

Sin vacilar lo creí al mirarla. Era una anciana, una ancianita marchita, con la cara como una hoja de otoño, sin que el más experto masajista, o la pintura o los cosméticos pudieran transformarla en otra cosa. Calculé cuántos años sería mayor que el Presidente...nueve, había oído decir, y evidentemente que lo parecía.

-- Me siento deseosa de recordar, comenzó. ¿Me permite hacer algo de historia? Quiero que usted piense siempre que jamás ha habido algo que logre alejarnos, a mi esposo el Presidente Harding y a mí. Le parecerá rara esta explicación; pero tengo mis motivos ¡terribles motivos! Escúcheme: Desde nuestro primer encuentro, Warren Harding y yo conocimos que nuestras almas se parecían. Nuestro amor nació instantáneamente y la vida de nuestro romance no fué algo fácil... Mi padre se opuso terminantemente; yo había adorado a mi padre; era banquero, rico, y habíamos congeniado siempre. Yo era su consentida. Warren era un editor luchador, en un pequeño diario que sólo conocía las dificultades.

Aquello no era nuevo para mí, pero me interesó oír su narración, que prosiguió:

"Pero el amor se mofa de los obstáculos. El 8 de julio de 1891, con mi faz sonriente de alegría y una dulce y firme confianza en mi corazón, salí de la casa de mi padre, sabiendo que sus puertas se me cerrarían, quizá para siempre. Puse el destino de mi vida en el hombre que amaba y nunca he tenido motivo para arrepentirme. Mi padre no volvió a ha-

blarme durante siete años, pero... ¡yo era feliz! Warren llenaba mi existencia por completo". (Eso es muy posible, asentí para mis adentros).

"Siempre he estado con él, alentándolo, trabajando en armonía con todos sus ideales y ambiciones. Poco después de casados, enfermó él y fui a substituirlo en la oficina del periódico. Creí que duraría unos días.... y trabajé ahí catorce años. Aun cuando tenía a mi cargo el departamento de circulación, estuve en íntimo contacto con los detalles de todos los departamentos".

(Yo pensé, si sería posible alguna vez colocarla en un lugar donde no tratara de dominar todos los detalles....; sin duda que no! Seguí escuchando atentamente).

"Noche a noche durante todos aquellos años salíamos del brazo, de la oficina a la casa. Acostumbrábamos sentarnos a cualquier lado de la mesa de nuestra biblioteca, en las largas noches de invierno, "dos almas con un sólo pensamiento" y trabajar en el canje para escoger buen material que reimprimir... Nunca perdí el ánimo ni mis aspiraciones. Todo era por él. Me interesaban profundamente los asuntos públicos y los funcionarios. Leía con avidez las nuevas de cada día; y además... era una buena ama de casa, pues los amigos de mi esposo lo eran míos también.... ¡Vivía toda para él!

Me acordé que este hecho lo habían citado frecuentemente los periódicos.

"Luego... conocimos a Enrique Daugherty. Fué en Richwood, alrededor de 1898. ¿Ha oído usted alguna vez esa historia?

Sin esperar respuesta continuó:

"Warren estaba en la bomba de la escuela, quitando el lodo de su calzado. El señor Daugherty llegó ahí y se hicieron conocidos. Había en Richwood una sesión política; Warren no estaba nombrado orador, pero el señor Daugherty insistió en que hablara. Este ha dicho muchas veces que comprendió inmediatamente, en aquel primer encuentro casual, que Warren Harding estaba predestinado a ir muy lejos en política... ¡Naturalmente que yo siempre lo supe! Durante los dos períodos del Senado en Ohio, aquella amistad arraigó. Fué realmente Daugherty quien lo hizo postularse para Subteniente Gobernador de Ohio. Siempre y en todo, Daugherty ha apoyado a Warren con su asombroso instinto político. Siempre decía: "Warren parece un Presidente". Para mí, naturalmente, tiene la majestad de un Rey! Creo que el señor Daugherty daba mucho énfasis a la varonil presencia de Warren; una vez que se le vé...nunca se le olvida".

En esto estuve sinceramente de acuerdo: Warren Harding era un hombre notablemente guapo.

"Y así,-continuó, con una mirada lejana y retrospectiva en los ojos del alma, sonriendo después-él prosiguió ascen-

(Ilustración en la página 49 del libro).

-- Para mí, naturalmente, tiene la majestad de un Rey!

diendo firmemente; nuestra vida de casados ha sido ideal; mi mentalidad podía ir a la par con la de él, a veces adelantándosele un poco. Teníamos las mismas aspiraciones, y aun cuando, por supuesto, diferíamos a veces en pequeños detalles secundarios, nuestra vida de hogar ha sido perfecta. Nada pedía para mí; vivía a través de él y..... yo, yo lo había formado y convertido en lo que era. Yo lo sabía y él también".

Esto explicaba parte de lo que yo había oído: que la señora Harding se creía el árbitro del destino del Presidente, nombrado por la divinidad. ¿O no lo había elevado, paso a paso, hasta colocarlo en el puesto más elevado de la nación más grande del mundo?

"Estuvo usted en su toma de posesión? me preguntó cambiando rápidamente de asunto por segunda vez.

-- Infortunadamente no, repliqué.

-- ¡Ah! Fué un día maravilloso. Yo llevaba un sombrero azul... muy elegante, y unas pieles, y traía un gran ramo de rosas "Belleza Americana". Me sentí novia... y me dijeron que realmente lo parecía. ¡Y Warren se sonreía igual que de novio hace treinta años!"

Levanté la vista dirigiéndola hacia la ventana; ella continuó:

-- En el esplendoroso sol de aquel día de la Marcha de Washington, entre los aplausos de los millares de personas ahí reunidas, con banderas y flores, música y discursos... el destello de los aceros, el brillo de las condecoraciones, el rugir del cañón... YO, la esposa de Warren Harding, llegué a la meta, a la cúspide de la gloria y a la realización de la más grande ambición de mi vida: la toma de posesión de mi esposo. ¡El era ya el Presidente de los Estados Unidos y yo, la Primera Dama de la Nación!"

Tenía mucha razón en exaltarse, racioné concretamente; toda la razón; pero yo no podía añadir palabra; seguramente que no esperaba ella ningún comentario, porque continuó:

-- Y cuando todo aquello hubo terminado, y expiró el día, al hallarnos solos en nuestra habitación, me abrazó y con los ojos llenos de lágrimas me dijo: "¡Mi Duquesa! Todo te lo debo a tí; tú lo has hecho. El porvenir... es... de oro!" Si alguna vez hubiera albergado en mi mente la menor duda de mi esposo, en ese momento se habría desvanecido para siempre. El me amaba; toda la vida me había amado; me querría para siempre. Warren Harding jamás traicionó a un amigo; ¿qué podría temer nunca su esposa? Es el alma del honor; mi confianza en él es absoluta, perfecta.

Por segunda vez no pude mirarla a los ojos...de profunda compasión; o si no fuera ésto, fué por un algo que mantuvo desviada mi vista.

-- "De manera que, como usted vé, (prosiguió), todavía está conmigo mi Príncipe Encantador. Los hermosos sueños de mi juventud se han realizado una y otra vez en largos y felices años. ¡Treinta años! Debería ser una mujer completamente feliz ¿no lo cree usted?

Y seguía cruzando y separando los dedos de ambas manos; había un matiz forzado, despierto y vivaz en su voz. Verídicamente le repliqué:

-- Eso se vé claramente.

-- ¡Sí, lo soy, lo soy, lo soy! repitió con un énfasis inequívoco. Y sin embargo... aquel énfasis y repetición y confirmación fué lo que hizo nacer una terrible pregunta en mi mente, y recordé una marejada de rumores que últimamente habían volado en Washington. Yo sabía, casualmente, algunos detalles penosos respecto a esos rumores. Redoblé mi atención al reanudar ella su relato:

"Es cierta una cosa: Que Warren se negaba mucho a permitir que su nombre figurara en la campaña presidencial. ¿Lo sabía usted? El lo rehuía. Más tarde debía yo comprender el por qué; pero....no entonces.

Se detuvo un instante y luego habló rápidamente, como para borrar alguna posible indiscreción.

"Pero Harry Daugherty estaba decidido (7). Se convirtió en la sombra de Warren, en la casa, en la oficina, hasta en las comidas; no hablaba de otra cosa. Luego Harry se dedicó sistemáticamente a la tarea de convencerme a mí, pues decía, si lo logro, la victoria es un hecho! y así pasó...

Se rió nerviosamente, cruzando y separando los dedos; de repente sus manos se quietaron y se inclinó hacia mí, hablando con gran vehemencia:

"Le he contado todo esto, señor Means, para que pueda comprender mejor mi sentir...sobre conservar la santidad del hogar. La Casa Blanca representa el "hogar" de la nación. Debe preservársela de toda calumnia o sombra de escándalo. Debe estar, como la esposa del César, por encima de toda sospecha. La base del gobierno descansa en la pureza del hogar. Esta es principalmente una responsabilidad mía, y siempre seré vigilante y diligente... La Casa Blanca, como "hogar" de la nación, es un lugar sagrado y no deberá entrar a ella nada que la deshonne o la haga abominable." No menciono con frecuencia las Escrituras pero ésto dará a usted mi idea precisa sobre el punto.

-- ¿Lo cual expulsa a la señora Whiteley y al General Sawyer? me atreví a preguntar.

-- A la señora Whiteley, sí. La reprimiré severamente. Pero...debo ser cautelosa. Ningún país puede ser más grande que el hogar de sus ciudadanos. El mismo adelanto de la civilización depende de lo que pensamos y de lo que hacemos allá

en nuestro hogar. Una nación comienza a decaer cuando los hogares entran en decadencia, ¡pero nunca antes!

Aquellas palabras me parecieron conocidas. ¿Las habría leído alguna vez? de todas maneras no era un pensamiento nuevo para mí.

"La señora Whiteley conoce mi modo de pensar en estos asuntos; yo...agradezco a usted de todo corazón que no me haya callado el punto".

Me pareció algo raro que su disgusto no alcanzara a incluir al general Sawyer. Luego vino otro rápido cambio de tópico:

-- ¿Ha visto alguna vez el regalo que me hizo el Presidente en su toma de posesión? ¡Me enorgullece tanto! ¡Véalo!

Levantó la cabeza y se tocó un hermoso adorno tachonado de diamantes sobre el frente de la cinta de terciopelo negro que rodeaba la base de su cuello. ¿No es realmente primoroso? ¡Hermosísimo! Ninguna mujer en el mundo podría ser más feliz que yo. ¡Por eso me he conservado joven siempre!

Se levantó de repente y quedó de pié. Evidentemente la entrevista había terminado.

-- Estamos entendidos, ¿no es así? Usted aclarará con el señor Burns si puede permitirle que se encargue de una comisión muy particular mía, de la que me informe solamente a mí, y a nadie más. ¿Comprendido?

-- Comprendo, repliqué ya de pie.

-- Y deberá seguir vigilando a la señora Whiteley hasta... hasta que podamos... deshacernos de ella... usted me entiende.

-- Entendido.

Otra vez, brusco cambio de asunto.

-- ¡Ah! Quería decirle. El señor Harding tenía un credo o lema admirable, al cual se sujetaba el periódico "The Marion Daily Star. Es una sabia doctrina de acuerdo con la cual debería usted desarrollar su trabajo, su vida y su carrera.

-- ¿Cuál? pregunté.

-- Le diré solamente los capítulos fundamentales: "Acuérdese que todo problema tiene dos lados. Conózcalos ambos". "Sea verídico; hable sobre HECHOS". "Yo prefiero una relación perfectamente bien hecha, que cien a medio hacer".

Habló con énfasis triunfante, como si por su boca hablara un oráculo y esperó mi comentario, que fué:

-- ¡Magnífico!

-- .Lo recordará o se lo escribo?

-- Lo recordaré. Nunca lo olvidaré.

Y.... ¡nunca lo he olvidado!

De repente me extendió su mano; ¡buenas tardes! Me incliné profundamente, no sin notar la palidez marmórea de su mano, las finas venas azules entremezcladas, el temblor nervioso... todos los indicios de la despiadada vejez.

Había sido una entrevista enigmática. Yo sentía en mi interior, que ella la había estudiado cuidadosamente, y pronto pude apreciar su tremendo alcance.

Mientras volvía a mi despacho del Departamento de Justicia, seguía grabado en mi mente un incidente de la entrevista: El regalo de toma de posesión del Presidente Harding a su esposa. ¡Un adorno de diamantes para el frente de la cinta de terciopelo negro que ella traía siempre al cuello! ¿No sería (quizás inconscientemente) un erranque supremo de compasión... y frivolidad? Aquella cinta negra de terciopelo circundaba un cuello ajado: trágica insignia de ilusiones perdidas, de esperanzas muertas... ¡la rendición definitiva! Y él había tratado de adornarlo, quizá para encubrir aquel tétrico vestigio, con un deslumbrante aderezo de diamantes...

Y también pensé que había un hombre a quien debía ver y preguntar muchas cosas. Ese hombre era Jess Smith..

---:---:---

CAPITULO II.

Jess Smith cita a Means a la casa de la calle "H".

La señora Harding tenía fama de conocer todo lo relativo a asuntos del gobierno hasta en sus menores detalles. Después de mi entrevista con ella, descrita en el capítulo anterior, conocí que no sólo le eran familiares todas las frases de la estrategia oficial y diplomática (8), sino que su idea era seguir siendo el factor principal de actividad, el factor decisivo.

Ella había colocado a Warren Harding en el puesto más elevado del más grande país del mundo, y a no dudarlo, tenía la intención de no abandonarlo al intrincado mecanismo de su investidura y a los peligros consiguientes.

La señora Harding era mujer de cerebro: fría, lógica, calculista; y a pesar de lo poco relacionado que en aquel entonces estaba yo con el personal del grupo inmediato al Presidente, sabía y había oído lo suficiente para temer interminables complicaciones e intrigas.

Ciertamente, era heterogéneo el grupo de diplomáticos y estadistas que el Presidente había llevado al Gabinete y al Departamento de Justicia.

En mi concepto faltaba convicción a la declaración de la señora Harding sobre su hogar "perfecto e ideal". En realidad yo tenía informes distintos... Pensé ¿si ella misma creería realmente aquella historieta? Pues era punto menos que imposible notar alguna escena amorosa entre el Presidente y su esposa.

Ella estaba ya anciana, marchita, nerviosa, destruída, y tenazmente se aferraba a la ilusión de la juventud, con la que sólo a sí misma se convencía, mas no a los demás (9). Si se tratara de otra mujer, habría sentido compasión por ella, pero ésta no se podía sentir por la señora Harding. Su personalidad era decididamente adversa a la compasión.

Yo conocía suficiente al Presidente para saber que no podría rechazar a una mujer o muchacha hermosa, como no rechazaría el alimento al tener apetito; y ya había llegado a conocer dos casos de ello; él amaba la vida; el goce amplio de la vida iba dentro de sus venas.

Me acuerdo de aquella mujer de Marion, Ohio. Había sido modista en Marion: la llamaremos la señora Milliner. Antes de las elecciones había sido propagandista; tenía una hermosa voz y varias veces cantó en los trabajos de propaganda.

Se rumoraba que ella había tenido oportunidad de estar en París al mismo tiempo que el Presidente Harding llegaba ahí de uno de sus viajes a Europa, cuando era Senador.

De todas maneras, Jess Smith me dijo que ella había sido una de las ex-novias del Presidente, y como él la llamaba, una "palomilla"...expresión favorita de Jess.

La señora Harding la había prohibido venir a la Casa Blanca; pero la señora Milliner era lista y de inventiva, y siempre que había alguna comisión de Ohio en las recepciones de la Casa Blanca (no importaba por qué ni para qué: alumnas de preparatoria, exploradoras, etc.), cualquiera que ella fuera, ahí estaba en primera línea y entraba con ellas; y tomaba la mano del Presidente, de la que buen trabajo costaba a éste desprenderse; se mantenía firme en el frente, a pesar de todo lo que el Servicio Secreto trabajaba.

Jess Smith, de hecho, me consultaba profesionalmente para que le dijera cómo se las manejaría la señora Milliner para saber siempre el día y hora exactas en que las diversas delegaciones tenían que presentarse. Le pedí sus periódicos de Columbus y Cincinnati y precisamente en los que me mostró aparecían dos noticias de delegaciones que eran esperadas. Estaba bien claro.

Una vez la señora Milliner había estado tan insistente y tenaz por largo rato que el Presidente llamó a su secretario para que la llevara a su oficina a esperar a que terminara la recepción para poder hablar con ella.

Nadie sabe qué aconteció en esa entrevista, como es natural; pero Jess Smith me dijo que ella tenía varias cartas del Presidente, y si no recibía un tratamiento más considerado, habría escándalo.

Había que obtener aquellas cartas, dijo el Presidente. Entonces Douglas Boyd, amigo siempre leal y entusiasta suyo, concibió la poco lúcida idea de invitar a la señora Milliner a visitar Atlantic City y ahí simular algún lío casual. La invitaron y vino a Atlantic City, pero....bien acompañada, y el lío se frustró completamente.

Luego el señor Boyd, confiado en su costumbre brusca de arreglar las dificultades, telefonó a la señora Milliner a Atlantic City y le explicó claramente que quería aquellas cartas; si ella venía a su despacho en Washington trayéndolas, pagaría su precio.

Vino ella a su despacho con su dama de compañía, una señora de mediana edad. A la pregunta de si traía las cartas, replicó que las traía dentro del cinco del camión; a lo menos eso entendió él. Rápido como el rayo, y ante el espanto de la mujer, levantó y arrancó la parte delantera de su camisa...pero no las encontró. La señora Milliner rompió a llorar cuando él se encolerizó y la llamó embustera; entre sollozos protestó no serlo, pues las cartas estaban en el cinco del camión de su acompañante. Nada atemorizado, el valiente Douglas arrancó el cinco del camión de la señora acompañante.... y encontró las cartas. Esto costó al caballero unos quince mil dólares que tuvo que pagar en arreglo privado para que el asunto no fuera al juzgado.

Había conseguido las cartas del Presidente, y la señora Milliner no volvió a la Casa Blanca. A su esposo se le dió pronto un empleo como encargado del faro en un gran lago cerca de Detroit...a buena distancia de Washington.

Al platicarme este incidente, Jess había citado también otra muchacha de Marion, cuyo nombre no entendí y que estaba terriblemente celosa de la señora Milliner y la odiaba; y tal parecía que ésta también tenía celos de aquella.

Jess Smith era conocido de todos como "el hombre viernes" en casa de Harry Daugherty. Nadie supo nunca cuál fué su relación con el señor Daugherty, excepto la de un amigo fiel y de confianza. Era el hombre más elegantemente trajeado de Washington. Le gustaban los vestidos costosos y en abundancia. Tenía un escritorio en el Departamento de Justicia pero no figuraba en la nómina. Mucho de su tiempo lo pasaba en la oficina del Abogado General, estudiando las cotizaciones del mercado de bonos. Vivía con el señor Daugherty en el Hotel Wardman Park.

No quise hacer visita especial a Jess para preguntarle lo que deseaba saber, sino esperé la primera oportunidad que pudiera presentármeme.

No tuve que esperar mucho. Una madrugada, como a las tres, sonó la extensión privada del teléfono, que tenía a la cabecera de mi cama. Estaba bien dormido pero desperté al primer timbrazo.

-- Means? ¿Es Gaston Means?

-- Sí.

-- Habla Jess Smith. ¡Oiga! venga a la calle H tan luego como pueda, por favor. ¡Ahí...pasa algo! y su voz temblaba ligeramente.

-- ¿De quién viene la orden?

-- ¿Qué interesa eso? ¡Venga, y pronto! Y colgó el audífono.

Me vestí corriendo, llamé a mi chofer, que estaba siempre listo y nos dirigimos rápidamente a la calle H. Todo el mundo sabía de las alegres cenas de media noche que ahí se daban, y yo también sabía que la alegría algunas veces amenazaba pasar de sus límites.

Por lo mismo no me sorprendí con la escena que presencié al entrar. Las habitaciones estaban en el más completo desorden. La mesa principal estaba vacía...evidentemente para que bailaran en ella las coristas... los platos rodaban por el suelo, las botellas sobre las sillas y las mesas. Todo mundo había bebido en exceso. Señoras y muchachas, algo fuera de juicio, se veían recostadas en divanes y sillas... todos con el terror pintado en la fisonomía en aquel instante.

El señor Boyd se me acercó y me dijo que accidentalmente, al estar limpiando la mesa para que las bailarinas danzaran (las coristas de la revista que en aquellos días trabajaba en la ciudad), todo el mundo arrojaba botellas y vasos, una de las cuales había pegado en la cabeza a una de las muchachas y... parecía... gravemente herida...

Ví al Presidente Harding recostado en el marco de la chimenea y a sus guardias junto a él. Parecía aturdido y yo recomendé quedamente a mi compañero que lo primero que debían hacer era sacarlo de ahí... añadiendo para mis adentros, "a su hogar perfecto e ideal". Había oído decir que a nadie gustaban más aquellas cenas que a él.

Encontré la bailarina desmayada en un sofá en una habitación trasera, mientras dos de sus compañeras frotaban desesperadamente sus manos y le rociaban la cara con agua.

Inmediatamente me dí cuenta de la gravedad de la situación. No me atreví a telefonar aningún doctor o ambulancia, sino que tomé en mis brazos el cuerpo aquel en apariencia sin vida y la llevé a mi carro, transportándola a un hospital más allá del Hotel Hamilton. Durante varios días estuvo inconsciente y al fin tuvo que ser operada. Me alarmé y, para mi seguridad personal, rendí mi informe oficial.

Al siguiente día Jess Smith vino a mi despacho; estaba visiblemente preocupado.

-- ¡Qué mal negocio... el de la muchacha!

-- Lo mismo digo yo.

-- ¿Cómo sigue hoy?

-- Todavía inconsciente.

-- Bien; guarde el secreto... ¿Comprende?

-- Naturalmente.

-- ¿Y si muriese la muchacha? preguntó Jess.

-- Es probable, contesté calmamente.

-- ¡Por Júpiter! Y entonces, ¿qué pasaría?

-- Nada... la operarán... morirá; costará muchísimo.

Jess encogió los hombros, pero su faz estaba lívida y se le veía temblar. Evidentemente Jess era de poco valor.

-- Realmente se necesita mucho dinero para los "gastos de mantenimiento" de la calle H. Sin duda que esta partida está abocada a incluirse en "gastos de mantenimiento".

-- ¿Sabe usted por casualidad... ¿quién le pegó?

-- ¿Y qué diferencia habría?

Jess se dejó caer en una silla y encendió un cigarro.

-- Tenemos qué andar bien ocupados defendiendo las explosiones de buen humor del Presidente... pero eso forma parte de la diversión, de manera que, ¿quién va a quejarse? La muchacha de Marion está dando otra vez una guerra tremenda.

-- ¿Qué no la habían mandado al faro? sugerí.

-- ¡Ah! ¡Quiero decir "la otra"!... otra de las Juanitas que él trajo de Marion. Está decidida a venir a las reuniones de media noche y... no resulta. Nadie la desea... ni aún el Presidente.

-- ¿Cómo se llama?

-- Nan Britton. Quiere entrar a nuestro círculo social, según veo.

-- ¿Le gusta al Presidente?

-- ¿Que si le gusta la crema a los gatos? Ella es joven, muy joven y bonita, contestó; y su papá era uno de los más viejos amigos del Presidente.

-- ¿Y qué hace ella en Washington?

-- Creo que está educándose. El Presidente le dió primero un empleo como Agente del Servicio Secreto de su más absoluta confianza. Usted sabe que hay un fondo de \$100,000 apartado para este objeto, del cual no deberán rendirse cuentas...

-- Usted está bien enterado de eso de los fondos...eh? le pregunté burlonamente, pues la fama de Jess Smith era bien conocida.

-- Puede creérmelo, replicó riendo. Ella cometió una gran torpeza y él tuvo qué despedirla.

-- ¿Cómo?

Se recostó en la silla, cruzó la pierna y dió vueltas a su cigarrillo entre los dedos, sus ojos fijos en el extremo encendido.

-- El Presidente iba a un viaje de fin de semana en el MAYFLOWER. La señora Harding no iba con él. Nan Britton estaba loca por ir, y se dirigió al muelle; de la manera más tonta se identificó pretendiendo pasar, al amparo de las credenciales del servicio secreto, cuya placa de Mensajero Confidencial portaba; pero...ellos estaban mejor informados y no la dejaron pasar.

-- ¿Lo cual automáticamente la dejó sin trabajo?

-- Naturalmente. Y es una plaga.

-- ¿Por qué no deshacerse de ella? pregunté.

Jess Smith se levantó, puso su cigarro en el cenicero y extendió las manos como respuesta definitiva.

-- Pues... bueno... y salió de la habitación.

Me puse a pensar. Estaban deshaciéndose de todas las demás; ¿por qué no también de Nan Britton?

¿Qué quiso decir Jess Smith con aquello de "la diversión"? Todo era parte de la diversión, había dicho, para proteger las explosiones de buen humor del Presidente; ¿Qué juego era éste? ¿Quiénes entraban en él? ¿No sería lo que la señora Harding había llamado "fuerzas satánicas" que trataban de aniquilar al Presidente?

---:---:---

CAPITULO III.

El Cuartel General subterráneo
de "la camarilla".

Estoy describiendo los acontecimientos que motivan esta narración, tal como realmente sucedieron y como yo intervine en ellos.

Antes de la elección del Presidente Harding ya sabía que el señor Harry M. Daugherty sería el Abogado General de los Estados Unidos, y estaba casi seguro de que el señor William J. Burns sería el Jefe de la Oficina de Investigaciones del Departamento de Justicia. También sabía que el plan era consolidar todo el trabajo del Servicio Secreto al mando de un funcionario, incluyendo los Departamentos de Estado Seco, Guerra y Tesoro. Todos deberían depender de una sola persona... pero esta consolidación nunca se llevó a la práctica.

Permítaseme hacer aquí unas pequeñas reminiscencias personales que puedan ayudar a mis lectores a apreciar el significado preciso de algunas de las actividades descritas en esta narración.

Mi padre fué abogado: uno de los principales abogados del condado. Cuando yo tenía diez años me regaló un caballo; este obsequio fué el equipo para mis primeras prácticas detectivescas. Mi padre era un hombre perspicaz; cuando algún juicio importante tenía que llegar a Jurado, me mandaba en mi caballo a distintas tiendas campestres. Me daba la orden de comprar algunos dulces, sentarme junto al rescoldo y comérmelos; pero principalmente... debía escuchar atentamente cuanto ahí se decía, y quién lo decía, especialmente algo que pudiera tener relación con el caso importante que él estaba tramitando y que pronto tendría que entrar a debate. En la noche daba a mi padre detalles de lo que había oído.

Cuando el juicio comenzaba, algunos de aquellos individuos eran llamados como probables jurados o testigos. Mi padre los interrogaba escrupulosamente. Una vez uno de ellos declaró que no se había formado una opinión del asunto a debate; entonces le dijo mi padre:

-- ¿No estuvo usted en la tienda del Molino Principal el viernes, hace como un mes?

-- Sí.

-- ¿No compró usted una cacerola de hierro para conserva, en aquella tienda, ese mismo día?

-- Sí, sí la compré.

-- Entonces ¿no dijo usted, que usted creía que este hombre era culpable?

-- Ahora lo recuerdo; sí lo dije.

-- Espere a un lado.

¡Cómo me emocionaba yo en una escena como ésta! ¿Quién podría sospechar que un muchacho de diez años que estaba chupando un caramelo, era un investigador en servicio?

Yo tenía un tío, el señor Geo. W. Means. Fué un gran detective e investigador en su tiempo y prestó muchos años de servicios en el Departamento del Tesoro Americano. Era Jefe de la Policía en la población donde mi padre era Alcalde.

A medida que yo crecía, acompañaba a mi tío Jorge. Ví a mi padre y a mi tío realizar actos de valor que nadie más sería capaz de hacer. Todo este entrenamiento, a mi edad, tuvo mucho peso e influencia en la carrera de mi vida.

J. W. Cannon, el manufacturero de algodón multimillonario de Concord, North Carolina, conocía bien a mi padre y a mí también. La señora Cannon decía que ella creía que sus hijos estaban seguros cuando Gaston Means andaba con ellos.

Al salir de clases acostumbraba ir a los telares y gannarme diez o quince centavos para gastar. Durante esos años aprendí mucho sobre los telares y sobre la gente que empleaban, y aprendí muchos tecnicismos para burlar las leyes.

Cuando salí del colegio me dediqué a estudiar Leyes. Dos años (cuando tenía diecinueve y veinte), fuí Superintendente de las Escuelas de Grado, de Albermale, North Carolina; tenía bajo mi supervisión a treinta y dos maestros.

Luego me radiqué en Nueva York, con un empleo del Gobierno Alemán, y ahí conocí al señor William J. Burns. Me dijo que adivinaba en mí un cerebro de poder investigador excepcional. Me empleó en 1910 como elemento secreto. Cuando me dió la primera comisión ya era yo un investigador, con mucha experiencia de la vida.

Después de la elección del Presidente Harding se notó una oposición formal contra el nombramiento del señor Daugherty, y el mismo bloque del Partido Republicano que se había opuesto a él, lo estaba también, y decididamente, contra el del señor Burns.

Algo tenía que hacerse a este respecto. Consecuentemente, se me envió a un largo viaje por todo el país y especialmente al Sur; hice que muchos hombres prominentes escribieran al Presidente Harding recomendando la conveniencia de que se nombrara al señor William J. Burns. Aquellas cartas, según todas las apariencias, eran espontáneas. También desarrollé en todas partes una propaganda sistemática en los periódicos, a favor del señor Burns. Esto permitió al Presidente Harding decir a la oposición: "He aquí las cartas y periódicos que recomiendan al señor Burns".

Y el señor Burns fué nombrado, pero la consolidación fracasó.

El nombramiento del señor Burns fué expedido algunos meses antes de que yo recibiera el mío... es decir, antes de recibirlo oficialmente, pues quedé adscrito desde el momento en que él tomó posesión.

Protesté oficialmente en septiembre. Ya desde la toma de posesión del señor Burns y aún desde antes, venía trabajando con él.

Yo vivía en el Hotel Bellevue, por convenir así al Departamento de Justicia. En septiembre traje a Washington a mi familia y la instalé también en el Bellevue. De ahí nos cambiamos con una familia. Después de algunos meses volvimos al Bellevue, donde conservé siempre una habitación. De ahí nos pasamos al Hotel Gordon. Siempre vivía a cinco minutos del Departamento de Justicia, pues era empleado diurno y nocturno, listo para recibir órdenes en cualquier momento. Del Hotel Gordon nos cambiamos a la calle 16 No. 903 Noroeste.

Mi sueldo en el Departamento de Justicia era de \$89.33-1/3 semanarios, y ese era el importe total de mi remuneración oficial; pero recibía mucho más de otras fuentes. Así, podía pagar la renta de mi casa, que era de mil dólares mensuales. Tenía cinco magníficos criados, inclusive la nodriza de mi hijo. A mi disposición estaba siempre un Cadillac de cinco o seis mil dólares, con todo y chofer, listo en cualquier momento, día y noche. El Gobierno no pagaba, naturalmente, nada de todo aquello.

Jess Smith se encargó de los arreglos para rentar esta casa y arreglarla para nuestro objeto. El contrato fué a nombre de mi suegro, W. R. Patterson, quien vivía con nosotros; era una casa espléndidamente situada, con entrada anterior y posterior. Una senda llegaba hasta el extremo del jardín y era lo suficiente ancha para permitir la entrada de un carro; ahí estaba el mío siempre, junto a la puerta posterior. Esta senda o callejuela describía una curva que terminaba en una corta callecilla del Departamento de Justicia. Era mi camino usual.

La casa veía a la calle 16 y era de tres pisos, con su base a la inglesa.

Esta base inglesa constituía su principal atractivo; la casa estaba sólidamente construída y cada piso era un departamento separado y completo para habitaciones.

La mayor parte de mi tiempo lo empleaba en el piso bajo inglés, que me proporcionaba todas las comodidades para mi trabajo de oficina. Tenía seis piezas y además el baño. La habitación del frente, muy espaciosa, era mi oficina; tenía dos teléfonos, uno confidencial, que no aparecía en el directorio. Ahí estaba mi escritorio de caoba, de cortina, y mi sillón giratorio. Tenía un archivero confidencial, de una sección, con rodillos. Nadie más que yo tenía la llave. También estaba el escritorio del señor Patterson, parecido al mío, y su silla; dos máquinas de escribir en escritorios apropiados, tres archiveros ordinarios, dos magní-

72

ficos divanes, convertibles en cómodas camas-sillas. En las paredes había muchos buenos mapas, casi todos de la Unión. Había también una hermosa y espaciosa chimenea de mármol blanco; el fogón era abierto y cómodo, propio para quemar papeles. Las ventanas estaban protegidas con rejas de hierro, las cuales eran dobles a la entrada de la casa. Atravesaba este piso un corredor angosto, a un lado del cual estaban las habitaciones.

Junto a la puerta reforzada de hierro del frente, estaba una oscura antesala con un canapé y sillas, que se empleaba como sala de espera del despacho. Esta antesala todo tenía menos ser agradable.

Inmediatamente detrás del despacho estaba el baño, y en seguida el archivo, que era espacioso. Luego seguía el comedor, amplio, bien y cómodamente amueblado, que con facilidad daba cabida a doce invitados a la mesa. Tras el comedor estaba un inmenso lavadero, ideal para libar o para algún otro uso. Las tinas de concreto esmaltadas de blanco eran ideales para las botellas de champaña entre hielo y para los demás licores o vinos.

La pieza más hermosa que tenía la casa era nuestra cocina, con su estufa grande para leña y carbón, una estufa de gas y otra eléctrica. Todas las comodidades y refinamientos modernos.

Mis cuentas mensuales de despensa representaban centenares de dólares... más de lo que mi sueldo entero significaba.

La casa estaba espléndidamente amueblada, desde la base hasta la buhardilla; todo había, loza, servicio, manteles... todo.

Como ya he dicho, Jess Smith se encargó de los detalles y por cierto que los arregló bien.

El jardín posterior era el punto estratégico interesante. Teníamos una puerta trasera que era tan fuerte como la de una bóveda de banco. Al abrir esta puerta (con llave especial) se encontraba uno dentro de una jaula de acero, cerrada por otra verja tan fuerte como la anterior y de llave especial asimismo. En todo el patio, a muchos pies hacia dentro de la verja y sobre ésta hasta unos treinta pies de altura, había tela doble de alambre, cerrada pero gruesa y fuerte como el enrejado que resguarda los bancos. Todavía existe parte de ella alrededor del patio en Washington; en el verano, este enverjado alto estaba cubierto de parras.

El piso bajo y el patio de la calle 16 No. 903 Noroeste era un arsenal, y nunca faltaba un velador en guardia, a cualquiera hora del día o de la noche. En el despacho del frente estaba también siempre alguna persona, de día y de noche; en cualquier momento, instantáneamente, podía yo encender grandes focos eléctricos en todos los lados y rincones del patio trasero, por un sistema de llaves apropiado.

Naturalmente, tenía qué dedicar algo de tiempo diariamente a mi trabajo en el Departamento de Justicia. Tenía que desquitar mi sueldo de \$89.33-1/3 semanarios.

Sabía muy bien...demasiado bien...mis deberes en la oficina. Mi obligación, por delicada y complicada que fuera, se reducía finalmente a una ecuación sencillísima: A HACER LO QUE SE ME ORDENARA, TAL COMO SE ME ORDENARA Y SIN HACER PREGUNTAS.

Aun cuando el funcionario inmediato superior mío era el señor William J. Burns en el Departamento de Justicia, algunas veces recibía instrucciones de Jess Smith (10), Harry Daugherty y otros.

Si yo apuntara las sumas de dinero que se me entregaban para emplearlas o para pasarlas a Jess Smith, llenaría un libro; esto tiene relación con una descripción más detallada del patio posterior rodeado de hierro, de la calle 16 No. 903 Noroeste.

En ese patio pasaba mucho tiempo, para consuelo de mis vecinos, trabajando y arreglando enredaderas en la verja y construyendo un columpio para mi hijo.

Al mismo tiempo que hacía aquello, labré un agujero cuadrado, como de tres pies y medio, en el centro del patio. Después de ahondarlo algo más de dos pies, hice que le pusieran una plataforma de madera ajustada, con un hueco en el centro; luego seguí escarbando por ese hueco hasta llegar a siete metros, y en aquel pozo de siete metros de profundidad introduje un tubo de terracota como de ocho pulgadas de diámetro.

Ese era nuestro banco, nuestra bóveda de seguridad para depósitos, en previsión de un incendio. Ahí enterrábamos nuestros "talentos" que no reeditaban, según el pasaje bíblico. Yo tenía una cajita de acero, que mantenía en el fondo de este tubo por medio de un fuerte cable.

Siempre había millares de dólares escondidos en este tubo enterrado en mi patio trasero, en la cajita de acero que colgaba del cable... Hasta quinientos mil dólares llegué a tener juntos, y nunca menos de cincuenta mil. Las cantidades menores de cincuenta mil dólares generalmente las traía conmigo o las daba a mi esposa para que las guardara en lugar seguro.

Me acuerdo que una vez traía ella, cosidos en su ropa, sesenta mil dólares; con frecuencia traía cuarenta mil o menos. Yo era el banco de depósitos de los productos de la "compañía" que operaba con Jess Smith, hasta que alguno tenía que ir a Washington Court House, Ohio, donde se depositaban en un banco. (11).

Mi casa, la No. 903 de la calle 16 Noroeste, era un arsenal, y las cámaras secretas interiores eran para la "compañía". Tenía siempre suficientes taquígrafos, pero mi tra-

bajo confidencial lo hacía con dictáfono y a nadie se permitía transcribirlo, fuera de la señora Patterson.

Teníamos muchos visitantes... muchos altos funcionarios "en el secreto". El Coronel Millar pasaba largos ratos ahí, al igual que el coronel Felder, y otros bien conocidos en la Administración Harding.

Casi diariamente, teníamos banquetes con los mejores manjares y los más añejos vinos.

Cuando las preocupaciones de Estado se dejaban sentir mucho y el ambiente se enrarecía en el Departamento de Justicia, teníamos siempre aquel lugar, que todos conocíamos, donde podíamos reunirnos y discutir con calma la situación, formular planes y llegar a conclusiones sobre nuestros actos futuros sin que ningún extraño pudiera importunarnos.

Jess Smith, cuando tenía la menor preocupación (y con frecuencia las tenía), encontraba refugio ahí y se tiraba en alguno de los grandes divanes del comedor.

La puerta del frente, o sea la entrada principal a la casa, que estaba en la base inglesa, nunca se abría. Había una barra de hierro atravesada por dentro en ella.

Jess Smith era el Pagador de todos los "gastos de mantenimiento".

La "Casita Verde" de la calle K era una residencia social auxiliar; también la "Casa Misteriosa", de la calle H.

La No. 903 de la calle 16 Noroeste era la cámara secreta y la verdadera oficina directriz de la administración Harding. Ahí no teníamos banquetes sociales ni cenas de media noche ni bailes. El severo trabajo secreto del "gobierno" requería toda la atención de Jess Smith, del señor Dougherty, del Coronel Miller, Coronel Felder y la mía.

Hay que recordar que mis asuntos de familia y los oficiales eran siempre algo enteramente distinto. Ninguno de mis amigos del Departamento de Justicia subía jamás a la casa. La suposición mía era que siempre iban a negocio. El Coronel Miller era el único que alguna vez comió en familia, en el comedor privado de arriba.

Toda la correspondencia llegaba a la oficina inferior. Arreglé un ingenioso buzón, que abarcaba toda la ventana central del frente de la ventana oscura del despacho. Era de madera, del ancho de la ventana y como de nueve pulgadas de fondo y seis de ancho. Todavía existe esa caja en la casa.

Desde dentro podía levantar la tapa para recibir las cartas, y cuando el transparente de la ventana estaba corrido, era imposible que el cartero o que nadie pudiera ver quién las recibía. Cartas certificadas, telegramas, entregas inmediatas... absolutamente todo llegaba a esta caja y ahí mismo se les firmaba.

(Ilustración en página 71 del libro). (Una casa).

...la casa No. 903 de la calle 16 Noroeste, Washington, D. C.

"El cuartel general subterráneo directivo de la "compañía".

Cuando el Presidente Harding hizo su juramento de toma de posesión, su objetivo principal fué "volver a la normalidad una nación sacudida por la guerra". El lema en toda la campaña había sido "Vuelta a la normalidad con Harding".

Pronto comprendí que para realizar su idea estaba trabajando en forma curiosa, y en ella estaba yo mezclado... hasta el cuello. Realmente, pensé, me conviene ir donde voy y donde me han puesto. Podía disponer de cerca de un millón para mi esposa y mi hijo; pero ahora digo que si hubiera siquiera imaginado los días y noches aciagos que siguieron, habría preferido dejar a mi esposa y a mi hijo en un rancho casi desierto, allá lejos, en North Carolina.....!

---:---:---

CAPITULO IV.

Por qué Daugherty hizo

Presidente a Harding.

Naturalmente, no tuve dificultad en lo absoluto para obtener el permiso de mis superiores para informar directamente a la señora Harding, y a nadie más, en la forma que ella explícitamente lo deseaba. Como yo había estado entrevistando frecuentemente a la señora Harding en la Casa Blanca, comenzó ella a preocuparse de que alguien pudiera hacer algún comentario, sabiendo mi relación con el Departamento de Justicia; de manera que concibió la idea de verme en ocasiones, en la casa de alguna de sus amigas. Allí podríamos hablar largo y sin temor de interrupciones.

Fué a principios de diciembre cuando hice mi primera visita a la casa de la señora Boyd, para ver a la señora Harding, a petición especial telefónica de ella en este sentido. Hermosa y espléndida mansión aquella, de un hombre rico y de su esposa. La señora Boyd era una anfitriona y una mamá de lo más atractivo; desde mi primera entrevista con ella me la imaginé como la representante ideal de la nobleza femenina.

Acudí pronto al llamado de la señora Harding, por mi hábito e instinto de hacerlo siempre así. El mayordomo negro me abrió la puerta, y al pasar me encontré en un pequeño vestíbulo cuadrado. A un lado estaba el comedor; esta fue la puerta que él abrió y hacia donde me acompañó. Por la opuesta alcancé a vislumbrar una gran biblioteca, sombría, atestada de libros, donde un fuerte fuego de trozos de leña brillaba despidiendo temblorosos destellos de luz sobre la bruñida caoba y sobre los gruesos tapetes orientales.

El comedor era inmenso y distinguido, según pude apreciar de una mirada. Una conferencia aquí estaría a cubierto de interrupciones, y así lo demostró visiblemente el mayordomo al cerrar cuidadosamente tras sí la puerta de entrada del vestíbulo.

Tomé asiento en una de las sillas talladas a mano, del comedor. No tuve que esperar mucho, pues a los cuantos minutos sonó el timbre, y luego se oyó el murmullo de alguien que entraba al vestíbulo por la puerta del frente. Luego una conversación casi en secreto, y la puerta se abrió silenciosamente, apareciendo la señora Harding en el marco. Venía envuelta en un gran saco de pieles, con sombrero gris y velo del mismo color cubriendo éste y velando su faz, terminando alrededor de su cuello.

Me levanté al verla. Permaneció un momento, muy erguida y firme; luego se deslizó hacia adentro y cerró personalmente la puerta diciendo:

-- ¿Ha esperado mucho?

-- No señora. Solamente unos minutos, pero no hay cuidado.

Se quitó los guantes con movimientos nerviosos rápidos y los dejó dentro de una bolsa grande, gris y negra, adornada de avalorio, sobre la mesa del comedor. Luego desenvolvió de su cuello las bandas y velos, con los mismos movimientos nerviosos, esta vez de la cabeza también. La ayudé a quitarse su abrigo de pieles y lo puse en el respaldo de la silla. Sus dedos estaban nerviosamente ocupados con las cintas del frente de su traje negro floreado.

-- Señor Means, ¿obtuvo autorización para hacer mis trabajos sin que nadie más se enterara? preguntó vivamente.

-- Sí señora, lo hice.

-- Entonces... no necesito decirle, señor Means, que usted no repetirá una palabra de lo que yo le diga. Voy a hacerlo de mis confianzas.

Le ofrecí la silla grande que yo tenía, la que aceptó; acerqué otra y me senté junto a ella. En aquel momento me imaginaba que la señora Harding, en realidad, nunca haría a ningún ser humano de sus confianzas; pero...acontecimientos posteriores me convencieron de que estaba equivocado en tal suposición.

Comenzó bruscamente a tratar de los asuntos pendientes.

-- Quizá usted no sepa que el Presidente Harding (Warren) ha sufrido fuertes pérdidas últimamente en la bolsa de valores.

Esta era un tópico de conversación enteramente nuevo, y no pude menos que cavilar a dónde iría a parar.

-- He oído rumores... dije quedamente.

Me miró con viveza y dijo:

-- Hay algo muy extraño en ello. Creo firmemente que ha estado siguiendo los consejos de Harry Daugherty. ¿Sabe usted si él ha sufrido pérdidas también?

-- No lo he sabido.

-- ¿No se rumora?

-- Pues... no. No lo he oído. Sin embargo...

Me interrumpió: -- ¿Sería fácil para usted aclarar asuntos que se discuten en el Departamento de Justicia? ¿Puede usted investigar qué es lo que están haciendo Harry Daugherty y Jess Smith en la bolsa? ¿Conoce a Jess Smith?

Estaba ella sentada bien erguida, las manos fuertemente cruzadas sobre la falda.

-- Muy bien, repliqué.

Levantó las pestañas al decirme: -- Creo que n. sería una persona difícil de atraer. Algún elogio sobre sus trajes... su vanidad...

-- Entiendo; lo conozco.

-- ¡Cultive amistad con Jess Smith! ordenó. Hágase de su confianza e investigue si el señor Daugherty compra los mismos bonos que recomienda a Warren. Yo no lo creo. ¿Puede usted informarse?

-- Creo... que sí.

-- Warren Harding es un niño en los negocios. Cuando llegamos a la Casa Blanca teníamos reunida una pequeña y simpática fortuna con nuestro periódico y con algunas inversiones acertadas... pero si no hubiera sido por mí nunca lo habríamos logrado. Siempre he tenido que ser la tesorera de la casa.

Lo creí; me fijé que en su faz se habían colorado la infinidad de arrugas, y sus ojos casi despedían luz. Evidentemente estaba muy excitada.

Su voz había ido subiendo gradualmente y cuando terminó se notaba en ella un ligero matiz de histeria.

¿No lo sabía usted? prosiguió; ¡Bueno, pues es la verdad! Warren no podría deshacerse de Harry Daugherty, su Abogado General, aun cuando lo quisiera.

-- ¿Lo nombró él? inquirí.

Ella rió... pero su risa no era agradable.

-- Sí, él lo nombró Abogado General del Departamento de Justicia de los Estados Unidos. Hubo gran oposición. Todo el mundo sabía que muchos Republicanos prominentes no estaban de acuerdo... pero por ningún motivo habría podido Warren Harding dejar de nombrarlo para el puesto que éste escogiera. Harry Daugherty quiso ser Abogado General del Departamento de Justicia... ¡él lo quiso! y para ello había... motivos... ¡motivos!

Al oír su voz ligeramente temblorosa, pensé para mis adentros, que sin duda aquellos motivos debían de ser poderosos.

Continuó diciendo: -- Pero... con seguridad no es necesario que Warren se guíe por consejos de Daugherty o de Jess Smith en asuntos de bolsa. Si desea hacer inversiones, lo mejor sería pedir consejo al señor Weeks o a algunos otros miembros del Gabinete, mejor capacitados para guiarlo más sabiamente.

Descansé al sentirme nuevamente en terreno más seguro; luego aclaré:

-- Permítame aclarar. ¿Usted desea que investigue si el señor Daugherty compra las mismas acciones que recomienda al Presidente Harding?

-- Exactamente. ¿Y sabe usted que un mundo de corredores han venido de Ohio a Washington y han abierto una oficina de cambios en el Hotel Willard? Eso es absurdo. Hay muchas otras organizaciones similares aquí. Yo misma pude ganar algo de dinero por conducto de ellas cuando Warren era Senador.

-- ¿Le agrada negociar en valores?

-- Sí, ¿por qué nó? irrumpió. Ahora... deseo que usted investigue qué es lo que pasa en el Willard. El individuo se llama Ungerleider.

-- ¿Desea usted que me relacione con ellos?

-- ¿Así lo llama usted, relacionarse? ¡Naturalmente que sí! Haga ambas cosas: aclare si Harry Daugherty especula con los mismos valores que recomienda a Warren (repitió enfáticamente). ¡Warren está perdiendo todo lo que tiene!

-- Comprendo. Y...

-- ¿Investigue lo de los Ungerleiders; conozca lo que ahí se mueve.

-- Comprendo perfectamente, le aseguré.

-- Luego, sabe usted, después de que Warren ha sufrido pérdidas tan desastrosas... ese señor Daugherty le presenta un plan SEGURO, por medio del cual puede resarcirse de todas esas pérdidas, que estoy convencida que sufrió a causa de sugerencias perversas.

-- ¿Sí?

-- ¡Y tan sencillo! El Presidente dará una orden para que se investiguen las violaciones al Acta Sherman contra Monopolios...y en esa forma sacar para sí una fortuna, luego agitar y dominar el mercado... ¿comprende usted? El señor Daugherty podrá explicar en cualquier momento a sus amigos que han violado esta acta Sherman contra los Monopolios, que no tuvo él la culpa, porque el Presidente fué quien ordenó la investigación. Está tratando de convencer a Warren de que esta es la única forma como puede recuperar las fuertes y sensibles pérdidas que ha sufrido... que no necesitará llegar a resoluciones heroicas.

Ella se detuvo... ¡Y en aquel instante comenzó a despedirse en mi mente una gran incógnita!

--¿No puede usted imaginarse qué clase de enemigos se ganaría Warren con ello? Yo no lo quiero... ni haré nunca que Warren haga algo que pueda crearle enemistades de cualquier género. Puesto que él nunca ha hecho enemigos... ¡no comen-

zará a hacerlos ahora!

Se estaba poniendo nerviosa nuevamente, juntando y separando los dedos de las manos.

-- Warren no deberá tener enemigos. Siempre he sido de opinión que nada más con azúcar pueden atraparse las moscas... nunca con vinagre.

Se detuvo de nuevo; pero yo adiviné que tenía algo más que decir; al instante continuó:

-- Naturalmente, Warren debe recuperar lo perdido, pero hay otros medios. Es necesario tener dinero; sin él, nada se puede hacer... ni siquiera en la Casa Blanca. El dinero es el poder.

Se interrumpió de nuevo, mientras yo pensaba que hay veces en que la señora Harding podría casi igualar, mas no superar, las banalidades de su distinguido esposo. Ella continuó:

-- Y sin embargo, le confiaré que, aún por encima del poder del dinero, debemos pensar en... su reelección... ¡Y... la... ob-ten-drá!

En ese instante comprendí que el asunto de la reelección había quedado decidido definitivamente. De repente sonrió, rompiendo la rigidez de su apostura en forma notablemente original. Sus ojos brillaron con la luz profética del fanático, como si el halagador porvenir estuviera ya alumbrándola con sus rosados matices. Y dijo:

-- Y luego, una gran visita de triunfo a todas las Capitales de Europa! Y... y... ¡tengo mis proyectos! El día que presencié la toma de posesión de mi esposo, creí que había llegado al pináculo de mis aspiraciones. ¡Fué admirable, maravilloso! Y ahora... comienzo a pensar que aquel día glorioso... no fué sino el principio!

De repente se levantó.

-- Nuestras pequeñas y entusiastas sufragistas que trabajaron tanto y tan fuerte nada más por tener derecho a votar, harían bien en recordar que la segunda mitad del Siglo XVI toda la Europa estuvo gobernada por mujeres. ¿Lo sabía usted? Inglaterra fué regida por Elizabeth; Escocia por María Stuart; Portugal por la Infanta, hija de Eleanor; Navarra por la Reina Ana; los países bajos por la hija natural de Carlos V; España por Isabel de Aragón, y Francia por Catalina de Médicis. En algunos casos es cierto que gobernaban por medio de su esposo... ¡pero ni más ni menos, gobernaban!

"También es cierto el hecho de que durante tres de las más gloriosas épocas de la historia Inglesa, la Corona estuvo sobre la cabeza de una mujer.

"América necesita una lección. La Primera Dama de la

Nación hará recaer en su lema la dignidad real. ¡Yo soy la Niña del Destino!

Se interrumpió, flameantes sus ojos. La entrevista estaba terminando, y me levanté. Nos vimos el uno al otro y ella prosiguió:

"Por supuesto que cualquiera sospecha que pudiera debilitar la posibilidad de la reelección deberá evitarse a todo trance! ¿Y se evitará! Ya estoy tomando un interés más firme en las entrevistas diplomáticas extranjeras de Warren que en ningún otro asunto de Estado... previendo el futuro... el gran viaje de triunfo por todo el mundo... y los reyes y regentes de Europa y de todo el globo. Esta es la época de la mujer... Por la primera vez en la historia Americana, una mujer será considerada como un factor real... una potencia... en vez de tener que conformarse con el insípido y enmohecido título de "La Primera Dama de la Nación! ¡Qué tontería!

La mueca con que pronunció esta última palabra no tenía nada de alegre; más bien parecía el hilar de una tigresa, deliberado, amenazante...

---:---:---

CAPITULO V.

Jess Smith narra su historia a Means.

Al deslizarse mi carro por la pintoresca entrada de la mansión Boyd, sobresalía en mi mente la impresión de las dramáticas declaraciones de la señora Harding sobre sus grandes proyectos; primero, su determinación de que el Presidente debería disfrutar de un segundo período y nada debía impedirlo; y luego... el largo y triunfante viaje de ella y del Presidente a todas las capitales de Europa y del mundo. Comprendí las alturas deslumbrantes a que la señora Harding quería elevar su estrella del destino. Me los imaginaba a ambos: al Presidente, apareciendo ni un ápice menos que como un Rey ante los hombres, y a ella... bueno, ella se sentía joven, creía verse como cuando novia y en realidad se sentía así... ¡de manera que dejémosla así!

Pero antes de llegar a casa, ya estaba revolviendo en mi mente mi nueva comisión. Según mi costumbre, traté de recordar retrospectivamente si conocía alguien que también conociera a la compañía Ungerleider. No quería preguntarlo a Jess Smith, pues tenía que ser cauto con él; la señora Harding me había dicho que cultivara la amistad de Smith, pero me sentía con fundamento para creer que él lo estaba haciendo también conmigo, sin que yo supiera el objeto. En los últimos días había estado en mi oficina demasiadas veces; y, naturalmente, en todo lo que hacía Jess Smith andaba el señor Daugherty. ¡No, no preguntaré a Smith sobre la compañía Ungerleider! Sin duda lo necesitaría después para asuntos más importantes.

Al siguiente día pregunté a dos o tres personas, pero sabían muy poco o nada; sin embargo, la cuarta me informó conocer bien a la compañía.

-- ¿Se interesa usted en especular con ellos?

-- Posiblemente...

Afablemente me ofreció: -- Muy bien, mañana lo llevaré y lo presentaré al Gerente Local, o quizá al señor Ungerleider.

Al siguiente día nos encontramos en el Hotel Willard y me llevó a las oficinas de la compañía, que se encontraban en el entresuelo junto al pórtico; muy distinguidas, por cierto. Me presentó al señor Ungerleider en persona.

-- ¿Se interesa usted por determinados valores? ¿Desea hacer alguna inversión? me preguntó éste.

-- Quisiera hacer muchas cosas; pero posiblemente me resuelva.

-- Está usted en su casa, replicó atentamente. Siempre le interesarán el boletín y el cotizador. Avíseme cuando pueda servirle en algo.

Anduve por ahí un rato, observando el boletín y el cotizador, pero no hice ninguna inversión. Sin embargo, trabajé activamente fuera y en un día o dos les envié varios clientes, buscando la manera de que los señores Ungerleider se dieran cuenta, en forma clara y precisa, de que yo les mandaba aquellos compradores, los cuales seleccioné entre las firmas más antiguas. Esto me valió amistosa entrada a sus oficinas privadas, con lo cual pronto logré obtener una lista de sus clientes, con la evidente intención de poder conseguirles más.

Encabezaban aquella lista los nombres de Warren Harding, Harry Daugherty y Jess Smith, y muchos otros, Abogados Generales, Ayudantes y demás prominentes personalidades oficiales.

Sin embargo, pronto descubrí que tanto Harry Daugherty como Warren Harding habían comprado los mismos bonos, habiendo perdido ambos. Esto refutaba la sospecha de la señora Harding.

A su tiempo lo comuniqué a ella pero no se declaró convencida. Era una hábil negociante.

-- Esta no es una prueba fehaciente, en absoluto; me había observado con algo de impaciencia.

-- Es lo que usted me recomendó que averiguara, repliqué.

-- Sí, pero... conozco al señor Daugherty. Ahora infórmese si no está haciendo transacciones con otros especuladores de la ciudad, cubriéndose con ellas para reponer sus pérdidas con Ungerleider. Eso es exactamente lo que él procuraría hacer. Aclárelo.

Resultó cierto lo anterior. Pronto supe, por Jess Smith, que Daugherty estaba negociando con uno de los bolsistas más importantes de Washington. Sin embargo, si él se había cubierto por medio de ventas y compras de valores con utilidades, para reponer sus transacciones con los Ungerleiders, por el momento no llegué a precisarlo, pues exactamente en aquellos momentos la situación en Washington se volvió tan delicada y urgente en asuntos mucho más importantes, que la evidencia que encontré de estas dos casas bolsistas fue olvidada por lo pronto.

II.

Todos los días veía en mi oficina a Jess Smith. ¡Pobre Jess! Era un ejemplo típico del empleado de tienda citadina de departamentos, trasplantado a los campos aliados. Antes

de venir a Washington se había dedicado siempre al negocio de mostrador, según supe. Me narraron toda su vida. Dentro de su modo de ser no era un carácter débil. Sabía discutir inteligentemente en forma interesante con cualquier mujer, sobre materiales, encajes, listones y toda clase de mercancías; pero era un fracaso completo en el gran mundo de la diplomacia y de las finanzas. Al tratar de manejar hombres de hierro y de acero, enérgicos y vigorosos diplomáticos, estaba completamente fuera de su elemento... estaba irremisiblemente perdido.

¡Y cómo amaba sus trajes! Siempre tenía como treinta juegos, incluyendo todos los detalles que armonizaran. Había oído que cuando se encontraba fuera de la ciudad, no vacilaba en telegrafiar a funcionarios oficiales para que le remitieran ciertos trajes de su guardarropa, los cuales describía en forma casi femenina. Tenía varios hermosos anillos con diamante, pero me fijé que su favorito era uno con juego de diamantes y dos grandes rubís.

Jess Smith tenía como 55 años, complexión llena, fisonomía ancha y limpia, pelo oscuro matizado de gris, ojos castaños hundidos, algo saltones. El sabía muy bien y sentía que estaba fuera de su elemento en Washington pero heroicamente intentaba amoldarse al medio y acomodarse a su actual grado de elevación. Creía firmemente que los trajes eran su principal activo en aquella esfera; que los hombres juzgan a sus semejantes por los trajes que portan. Nunca lo ví entrar a una oficina sin componerse antes la corbata, estirar su chaleco, arreglarse los puños, quitarse el sombrero y componerse y alizarse el pelo como una mujer. Antes de hablar con alguien tenía que estar absoluta y meticulosamente correcto. Supe una vez que era admirable vendiendo listones a las damas en el mostrador y combinando los colores, la calidad y los materiales.

Jess Smith respetaba a Harry Daugherty con la fidelidad de un perro. Quería ser y hacer exactamente lo que el señor Daugherty esperaba de él... y siempre he creído que en ello tuvo completo éxito. Y además, estaba personalmente decidido a aprovechar todo lo que pudiera, del "negocio" en Washington.

De su vida particular todo lo que supe es que se había casado en Ohio y que posteriormente se había divorciado.

Un día, Jess estaba en mi despacho, muy agobiado. Ese día vestía de gris; sombrero gris, corbata del mismo color moteada de espliego, traje gris, guantes idem, en su bolsillo alto un pañuelo con líneas grises y espliego bordadas en las esquinas, y hasta calcetines grises. Jess arreglaba siempre su combinación de colores hasta el último detalle.

Al llegar a mi despacho se había dejado caer en un sillón, suspirando.

-- ¿Qué te pasa, viejo? le había preguntado.

-- Nada; había replicado con una mueca.

Lo miré riendo. --Vé a casa y cambia de color; el gris es triste; necesitas hoy amarillo y rojo para alegrar el rincón donde te sientas.

-- ¡A callar!

-- ¿Qué, murió alguien de la familia?

No me respondió.

-- ¿Pérdida en la bolsa, o en el juego de anoche?

Silencio aún. Comenzaba a divertirme, pues parecía un niño grande inconsolable.

-- ¿Enamorado? ¿Quieres que tome informes de ella para ver si te quiere? seguí preguntando.

-- ¡Al diablo con tus impertinencias!

-- Muy... bien! musité de buen humor, volviendo al trabajo de mi escritorio que su llegada había interrumpido. Solamente quería ayudarte a alegrarte un poquito.

De repente inquirió: -- ¿Tú sabías... que yo era casado?

-- Muchos lo saben, comenté.

Mis manos se detuvieron sobre los papeles; realmente no continué trabajando porque creí que él quería hablar, y podría decirme algo que me conviniera saber.

-- El señor Daugherty nunca pudo soportarla, continuó. Porque ella... él... ella no era ni sombra de su ideal, usted comprende. Realmente... él quiere sólo el tipo de la mujer refinada, de la dama, acicalada, elegante, todo eso. Es decir, educada en sociedad.

Con mucha naturalidad sugerí:

-- ¡Cielo santo! ¡Ella no era su esposa!

No prestó atención a mi desatinado comentario.

-- Bueno, nosotros... ella y yo... la llevábamos bien; mi vida con ella era... ¡cáspita! hay cosas que ni aún entre hombres se dicen.

Deliberadamente fruncí las cejas.

-- No estoy preguntando, le inicié.

-- Nos separamos. Ella está ahora en Ohio.

-- ¿Dijiste que se divorciaron?

-- Ella lo consiguió; y... no fué infidelidad ni... ¡bueno! ¿qué importa una u otra cosa? Lo consiguió.

No comprendí exactamente a dónde iba y nada dije, esperando más aclaraciones.

-- Pero ahora... que estoy aquí, ella quiere volver. Harry Daugherty nunca lo toleraría. Sin embargo, voy a dejarla venir a visita solamente. No hay riesgo en eso ¿verdad? Ella ya ha estado aquí una o dos veces por algunos días.

Cavilé si esto tendría algún anzuelo, y él continuó:

-- Ella podrá venir de Ohio y regresar cuando quiera. Ahora puedo ayudarla mucho en todos sentidos.

-- ¿Está enamorada de tí?

-- No.

-- ¿Entonces cuál fué la razón del divorcio? insistí.

-- Ella lo tramitó, replicó fieramente.

-- ¿Con seguridad no fué por infidelidad?

-- No lo fué.

Me mantenía en expectación, pero más bien lo compadeecía. Era un buen chico y no podría disfrutar mucho de la vida. Harry Daugherty lo había encadenado a su vehículo de carrera; un esclavo voluntario, a no dudarlo, y sin embargo, esclavo.

-- ¿Exige el señor Daugherty que prefieras el tipo de mujeres que a él le gusta? ¿Lo dice el contrato? Se necesitan diversos estilos de mujeres para llenar el mundo.

Claro que se necesitan. Hasta el Presidente probó un nuevo tipo.

-- ¿De veras? ¿Quién es ella?

-- ¡Ah, ella le simpatiza mucho... pero no ha ido muy lejos. Sus amigos le aconsejaron que debería dejar de ir a su casa, pues ya comenzaba a llamar la atención, y arregló fácilmente el asunto; lo dejó pendiente.

-- ¿Dejó de qué?

-- ¡Quién lo sabe! Dejó de ir a verla, naturalmente; se había estado escapando con los más nimios pretextos.

-- ¿Escapándose de qué o por qué?

-- De la señora Harding, por supuesto. Tiene que enterarse ella de todo. Lo vigila como un halcón y se rodea y se rodea... eternamente. ¡Nunca descansa! Y la señora Harding se ha sospechado... lo de Nan Britton.

-- ¿Qué hay con Nan Britton?

Rápido como el pensamiento, Jess enmudeció. Evidentemente creía que yo ya sabía lo que pasaba con Nan Britton.

-- ¿Quién lo sabe? dijo parodiando su expresión favorita; pero al recapacitar, se imaginó que yo estaba bromeando.

-- Oiga, no es posible andar en el Departamento de Justicia y no saber nada de Nan Britton. Deje de querer tantearme, que ya tengo suficientes latas. Tienes qué saber que hay motivos... suficientes motivos para que el Presidente firme cualquiera cosa y todo lo que la "compañía" le pida... a menos que la señora Harding lo pesque, como a veces sucede, pero no muy seguido. Ahorita... ¡cáspita! hay una combinación preciosa. Designará al que la compañía le diga. ¡Por mi palabra que lo hará! ¡Qué niño! lo hemos metido en un saco; tiene qué hacer lo que le digan... ¡no lo olvides!

-- Y ¿Nan Britton?

-- ¡Uf! ¡Piénsalo! No seas tan mudo e inocente; naciste así, o tu mamá te enseñó?

Se levantó. Estaba claramente turbado, y mi idea era que estaba en lo justo al imaginar que era por su ex-esposa, que quería venir a vivir a Washington.

En ese momento llamó mi teléfono. El estaba junto a él y le dije: "Contesta, Jess, pero... espera; arregla primero tu chaleco y arréglate el pelo y la corbata. No adivino quién pueda ser...

Pero ya estaba contestando él. -- ¡Listo! ¿Means? Sí, un momento. Me pasó el audífono pero no se movió. Era la voz de la señora Boyd, que me saludaba. Tenía un recado de la señora Harding. ¿Podría ir a la Casa Blanca luego? Colgué al terminar.

-- ¿Qué negocios tienes con ella? me preguntó vivamente.

-- ¿La señora Boyd? (Comprendí que había reconocido su voz. Trabajo con varias personas, Jess.

-- ¿Y crees que eres muy listo, eh? Diciéndome que me arregle el pelo antes de hablar por teléfono... Permíteme decirte algo que te servirá. La primera cualidad de un caballero es la limpieza.

Estaba ridículamente serio; traté de confundirlo.

-- Bueno... pero... creo que un hombre puede andar aran-

do y ser un caballero... ¿o no? Esa es la pequeña diferencia entre tú y yo, Jess. No hay cuidado.

Arreglé mi escritorio para cerrarlo.

-- Vuelve pronto; ¡hasta luego! le dije.

Se despidió diciendo entre dientes:

-- ¿Nan Britton? ¡Piénsalo!

Me senté y traté de hacerlo. Había mucho en qué pensar en aquel momento. Había oído varios rumores sordos en el Departamento de Justicia, que me hacían estar seguro de que pasaba algo raro... algo muy raro; algo amenazador, que no podría ser ahogado o aplastado en la forma usual. ¿Qué sería?

Y la figura que en mi imaginación había aparecido como el poder siniestro que apoyaba este embrollo... era la de la muchacha que Jess Smith estaba mencionando siempre. Yo nunca la había visto. Había, sin embargo, algo distinto en ella, algo extraordinario sobre aquella Nan Britton; de otra manera ya hubiera sido despedida de Washington desde mucho antes, impidiéndosele volver.

¿Estaría el Presidente seriamente interesado en Nan Britton? Para mí la idea era absurda. Ningún hombre, enamorado de una mujer, podría conducirse como yo había visto que el Presidente Harding se portaba ante muchachas y mujeres hermosas. Esta deducción fué definitiva en mi mente. Nan Britton era una de tantas... y sin embargo, había algo relacionado con ella, por lo que aparentemente la temía el Presidente.

¿Podría ser ella, por alguna casualidad, su propia hija... por algún enredo anterior? pensaba, aguzando mi imaginación para encontrar una solución al asunto. Porque en realidad, el Presidente Harding tenía suficiente edad para ser hasta su abuelo.

Quizá aquello era precisamente... la extremada juventud de la muchacha, lo que la hacía distinta a todas aquellas mujeres. El la había conocido toda su vida; su padre fué uno de sus mejores y más viejos amigos. ¿Podría haber sucedido en Marion, quizá, algo que impreso habría parecido muy sucio y despreciable? Ella era la hija de un viejo amigo y era extremadamente joven. Hay una ley... la de traicionar a la hija más joven del antiguo amigo... ¿Podría haber pasado aquello en la casa de ella, o tal vez en la de él, cuando no había ningún empleado secreto del Departamento de Justicia a quien telefonar para que viniera pronto y borrara el asunto?

¿Tendría esta muchacha la clave del dominio del señor Daugherty y de los demás miembros del gabinete sobre el Presidente? Nunca pude relacionar la influencia que aquellos

hombres parecían tener sobre el Presidente, con su poco ape-
go al dinero; de manera que no era el poder del dinero el que
ellos explotaban... ni tampoco el poder político.

La señora Harding nunca había mencionado a Nan Britton
en sus conversaciones conmigo. Esta otra vez tomé mi som-
brero y salí para la Casa Blanca.

---:---:---